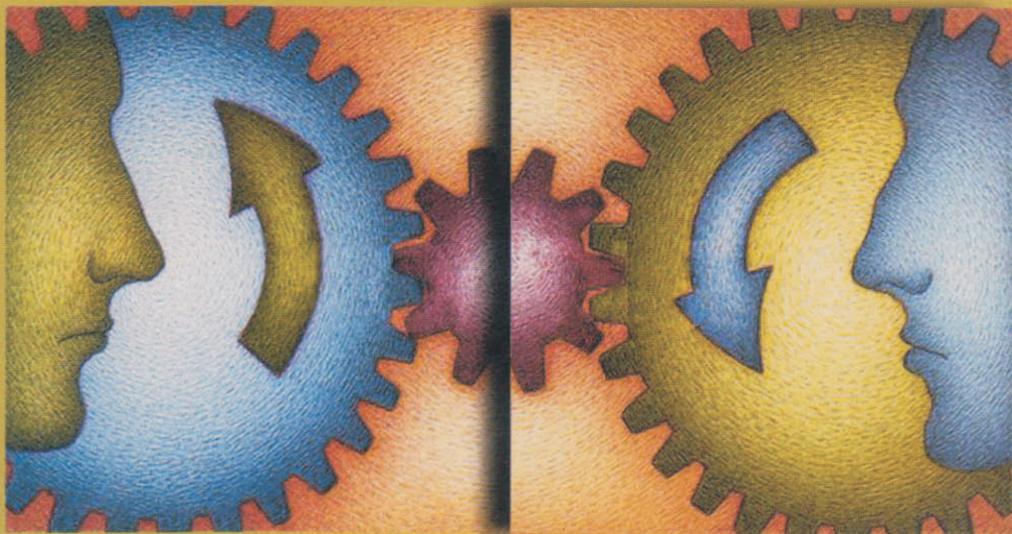


Serie

Comentarios psicoanalíticos

3

De las pulsiones, del narcisismo y del goce



Rubén Musicante, comp.

Serie 3
Comentarios psicoanalíticos

De las pulsiones, del narcisismo y del goce

3° edición

 Editorial Brujas

Serie
Comentarios psicoanalíticos **3**

De las pulsiones, del narcisismo y del goce

3° edición

Rubén Musicante

Gilou García Reynoso

Alicia Tradatti

Jorge Pacheco

Jorge Assef

Leticia De Bortoli

Eugenia Stechina

Aris Yosifides

 Editorial Brujas

Serie Comentarios psicoanalíticos

Director: Rubén Musicante

Autores de este volumen:

Rubén Musicante
Gilou García Reynoso
Alicia Tradatti
Jorge Pacheco
Jorge Assef
Leticia De Bortoli
Eugenia Stechina
Aris Yosifides

De las pulsiones, del narcisismo y del goce / Leticia De Bortoli...
[et.al.]. ; compilado por Rubén Musicante; dirigido por Rubén
Musicante - 3a ed. - Córdoba : Brujas, 2005.
140 p. ; 21x14 cm.

ISBN 987-591-005-8

1. Psicoanálisis I. Musicante, Rubén, comp. II. Musicante, Ru-
bén, dir.
CDD 150.195.

© 2005 R. Musicante

© 2005 Editorial Brujas

3° edición

Impreso en Argentina

ISBN: 987-591-005-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización previa.



editorialbrujas@arnet.com.ar

Tel./fax: (0351) 4606044 – Pasaje España 1485
Córdoba – Argentina

ÍNDICE

	Pág.
Algunas articulaciones entre las pulsiones y el narcisismo <i>Rubén Musicante</i>	9
Del narcisismo constituyente a la trampa mortal <i>Gilou García Reynoso</i>	57
Algunas notas sobre el estadio del espejo <i>Alicia Tradatti</i>	65
El estadio del espejo <i>Jorge Pacheco</i>	73
Las series pulsionales <i>Jorge Assef, Leticia De Bortoli, Eugenia Stechina</i>	95
El goce: demonio del más allá <i>Aris Yosifides, Leticia De Bortoli</i>	121

Algunas articulaciones entre las pulsiones y el narcisismo

Rubén Musicante

Comentarios sobre las dificultades de lectura de los textos

La lectura de la *Introducción del narcisismo* (1914), conjuntamente con la de un texto que la antecede y otro posterior: *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) y “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), significa encontrarnos con importantes aportes y también dificultades relativas a su comprensión y articulaciones. *Tres Ensayos* es el texto con más agregados a pie de página (hasta 1925) y mayor número de reediciones de la obra freudiana. Entre este texto y “Pulsiones y destinos de pulsión” se incorpora la constitución del Yo humano como construcción -instancia psíquica en relación con la libido narcisista- libido del Yo, la identificación al Ideal del Yo parental y los destinos de las pulsiones, además de los modos de elección de objeto. Por este motivo, el trabajo metapsicológico de 1914 marca fuertemente el texto que le sigue, “Pulsiones y destinos de Pulsión”.

Algunos antecedentes importantes

Las menciones, hechas de muy diversas formas, a un factor cuantitativo en el psiquismo, son muy tempranas en Freud. El desarrollo más extenso se lleva a cabo en su carta a Fliess llamada *El Proyecto de una psicología científica para neurólogos* (1895)¹. Freud utiliza el signo Q para

¹ Musicante, Rubén. “Del concepto de aparato hacia una topología”, en *El descubrimiento freudiano y su vigencia actual*, Serie Comentarios psicoanalíticos, 1, Editorial Brujas, Córdoba, 2005.

referirse a los estímulos exteriores, frente a los que es posible la huida y Q_1 para indicar la “excitación” (interna) frente a la cual no es posible utilizar ese mecanismo. Por errores tipográficos y de corrección en ese texto figura a veces $Q?$ donde debería decir Q_1 .

Ya en las *Neuropsicosis de defensa* (1894) se refiere a algo “que tiene todas las propiedades de una cantidad -aunque no poseamos medio alguno para medirla-; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga”. También en la *Etiología de la Histeria* (1896) dice que tienen tanto peso las condiciones cuantitativas como las cualitativas, incluyendo valores variables a los que llama de “umbral”, particularmente para que la enfermedad se manifieste.

En *Las Lecciones de Introducción al Psicoanálisis* (1916-1917), varios años después, volverá a aparecer esta cuestión que plantharemos, posteriormente, en términos de lo “endógeno” y lo “exógeno”. Nos referimos a las Series Complementarias que se relacionan con el desencadenamiento de las neurosis, desde el punto de vista de sus causas (la etiología, no ya de los síntomas, sino de las neurosis). Lo endógeno remite a la fijación, que abarca tanto la constitución hereditaria como las experiencias infantiles, y lo exógeno está representado por la frustración. Aquí el “umbral” se revela como algo muy interesante, porque ambos elementos constituyentes de las series actúan en forma inversamente proporcional. Lo traumático puede ser intenso y romper la barrera protectora anti-estímulos o puede preexistir un punto de fragilidad que posibilite que una experiencia que para alguna persona pudiera pasar desapercibida, sea para otra desencadenante de la neurosis.

Freud encontrará en la sexualidad humana -en tanto

esencialmente traumática, implantada por otro, en sus orígenes y en la constitución del aparato psíquico-, el punto de fragilidad característico en el proceso de humanización.

Estudios sobre la Histeria (1895) es publicado unos meses antes del *Proyecto*, luego, en la recopilación en alemán de 1925, modifica la frase final del texto, cambiando “sistema nervioso” por “vida anímica”. Freud va a sostener esta posición cuantitativa, a la que llamará “económica”, en su *Metapsicología*.

En relación con la cuestión de las pulsiones, como llamará posteriormente a esta energía psíquica (que implica también el aspecto “formal” de su inscripción en el psiquismo), encontraremos, como bien lo sistematiza la Dra. Silvia Bleichmar², concepciones endogenistas y exogenistas.

Acerca de las pulsiones y el origen de las representaciones psíquicas

Cuando Freud se interroga acerca del origen de las pulsiones, encontramos que da dos tipos de respuestas. En términos generales debemos decir que se trata de la *transformación de un cuerpo biológico en un cuerpo erógeno*.

a) *El representante representativo de la pulsión, o agencia representante pulsional*. Esto es lo más consistente con la caracterización de las pulsiones como límite entre lo somático y lo psíquico, como una exigencia de trabajo de “lo biológico” que se le impone a lo “psíquico” a consecuencia de su ligazón con el cuerpo. Se trataría, más que de una noción límite, de una frontera, puesto que el de pulsión es un concepto estrictamente psicoanalítico. Como

² *Traumatismo y simbolización*, Curso de postgrado, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba, 2001-02 y otras publicaciones.

límite se supone ambiguo, correspondería a un engendramiento desde “adentro” del psiquismo. A esta concepción podemos llamarla *biológico - endogenista*. En 1920 (*Más allá del principio de placer*) ya no será el cuerpo en su dependencia en primer lugar de la zona erógena, sino “el ser vivo orgánico” como tal. Nos referimos aquí a un momento en el que la oposición ya no es pulsiones sexuales / pulsiones del Yo, sino, pulsiones de vida / pulsiones de muerte. Esto incluye, entre otras cosas, por ejemplo, la supervivencia de la especie.

b) El *apuntalamiento en las necesidades* (alimenticias, excretorias) que estarán en relación con las pulsiones orales (objeto: pecho) y anales (objeto: heces). A esta perspectiva la podríamos considerar también una concepción *endogenista*. En este momento Freud sostiene un paralelismo psico-físico; es decir, a la necesidad (hambre) se apuntalaría, por un cambio de objeto, la pulsión (satisfacción oral, objeto oral: el pecho). En el Capítulo III de los *Tres Ensayos...*, acerca del hallazgo de objeto³ nos dice: “Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió solo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser regularmente autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la relación originaria. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo (en-

³ Freud, S. *Tres ensayos de teoría sexual, Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.202.

cuentro) de objeto, es propiamente un reencuentro”. En este punto agrega una nota a pie de página en 1915: “El Psicoanálisis enseña que existen dos caminos para el hallazgo de objeto; en primer lugar, el mencionado en el texto, que se realiza por *apuntalamiento* en los modelos de la temprana infancia, y en segundo lugar, el *narcisista*, que busca al yo propio y lo reencuentra en otros”. En la primera tópica tendremos la fuente (zona erógena - madre) de la pulsión y en la segunda tópica someterá la pulsión, de manera general, al principio de repetición (compulsión de repetición). Este planteo nos conduce a:

c) La concepción *exogenista, la madre como erogenezante*, como seductora. Esto podría aproximarnos mejor a lo que Jean Laplanche formula como “Teoría de la Seducción Generalizada”⁴. En el Capítulo II de los *Tres Ensayos* leemos: “El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho - por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho”⁵.

Tenemos entonces una *causalidad compleja*, sobredeterminada. En la primera como lo que define a la pulsión en tanto frontera entre lo somático y lo psíquico y en la segunda, la cuestión del “otro”, el “semejante”, a partir del cual, como objeto total (la madre como objeto de amor narcisista) puede recuperar el pecho como objeto parcial,

⁴ "Teoría de la Seducción Generalizada", *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*, Amorrortu, Buenos Aires, 1987.

⁵ Cap.II.5: El hallazgo de objeto. Objeto sexual período de lactancia, *Obras Completas*, vol. VII, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 203.

“parte” de la madre. Pero para que exista “parte” o pecho, debe constituirse “madre” como objeto total. Esto ocurre en la constitución del narcisismo. Pecho es un *a posteriori* de “parte” de la madre.

Las pulsiones, entonces, más que límite, hacen de frontera entre lo psíquico y lo somático, sin ser ellas mismas un límite. Se expresan por su forma (inscripción) y su energía (carga, catexis, investidura, etc.). *En ambas se da la transformación de un cuerpo biológico, en un cuerpo erógeno.*

Así como hablábamos de zona histerógena en la histeria, hablaremos de zona erógena en las pulsiones. Nos aproximaremos, por este camino, a posteriores formulaciones del Yo: como proyección de una superficie o como Yo-cuerpo. Un Yo con superficies, o zonas de efracción, zonas de fisuras. Antes de retomar este tema, haremos una cita, bastante extensa de un texto de Freud.

En “Las perturbaciones psicógenas de la visión” (1910)⁶, Freud dice: “También el psicoanálisis acepta los supuestos de la disociación y de lo inconsciente, pero los sitúa en una diversa relación recíproca. El psicoanálisis es una concepción dinámica que reconduce la vida anímica a un juego de fuerzas que se promueven y se inhiben las unas a las otras. Cuando en un caso cierto grupo de representaciones permanece en lo inconsciente, no infiere de ahí una incapacidad constitucional para la síntesis, que se anunciaría justamente en esa disociación, sino asevera que una revuelta activa de otros grupos de representaciones ha causado el aislamiento y la condición de inconsciente de aquel grupo. Llama “represión” (esfuerzo de desalojo) al

⁶ Freud, Sigmund. “Perturbaciones psicógenas de la visión” (1910), *Obras Completas*, vol. XI, Amorrortu, Buenos Aires, p.210.

proceso que depara ese destino a uno de los grupos, y dis-cierne en él algo análogo a lo que en el ámbito lógico es la desestimación por el juicio. Demuestra que tales represio-nes desempeñan un papel de extraordinaria importancia dentro de nuestra vida anímica, que a menudo el individuo fracasa en ellas y que el fracaso de la represión es la condición previa a la formación de síntoma.

Por tanto, si, como hemos dicho, la perturbación psicó-gena de la visión consiste en que ciertas representaciones anudadas a esta última permanecen divorciadas de la con-ciencia, el abordaje psicoanalítico supondrá que esas re-presentaciones han entrado en una oposición con otras, más intensas -para las cuales empleamos el concepto colectivo de “yo”, compuesto de manera diversa en cada caso-, y por eso cayeron en la represión. Ahora bien, ¿a qué se debería esa oposición, promotora de la represión, entre el yo y grupos singulares de representaciones? Como bien notan ustedes, esta pregunta no era posible antes del psi-coanálisis, pues nada se sabía acerca del conflicto psíquico y de la represión. Nuestras indagaciones nos han habilitado para proporcionar la respuesta pedida. Nos vimos lle-vados a advertir la significatividad de las pulsiones para la vida representativa; averiguamos que cada pulsión busca imponerse animando las representaciones adecuadas a su meta. Estas pulsiones no son siempre conciliables entre sí; a menudo entran en un conflicto de intereses; y las oposi-ciones entre las representaciones no son sino la expresión de las luchas entre las pulsiones singulares. De particularí-simo valor para nuestro ensayo explicativo es la inequívoca oposición entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, la ganancia de placer sexual, y aquellas otras que tienen por meta la autoconservación del individuo, las pulsiones

yoicas”⁷. Por nuestra parte, acerca de la nota a pie de página, diremos brevemente que Freud recalca su diferencia con Adler y Jung, puesto que siempre sostendrá el conflicto en relación con algo sexual-no sexual. “Siguiendo las palabras del poeta (“Hambre y amor mueven al mundo”, de Schiller), podemos clasificar como “hambre” o como “amor” a todas las pulsiones orgánicas de acción eficaz dentro de nuestra alma. Hemos perseguido la “pulsión sexual” desde sus primeras exteriorizaciones en el niño hasta que alcanza la conformación final que se designa “normal”, y la hallamos compuesta por numerosas “pulsiones parciales” que adhieren a las excitaciones de regiones del cuerpo; inteligimos que estas pulsiones singulares tienen que atravesar un complicado proceso de desarrollo antes de poder subordinarse, de manera acorde al fin, a las metas de la reproducción (aquí, en una nota a pie de página Freud remite a los *Tres ensayos...*). La iluminación psicológica de nuestro desarrollo cultural nos ha enseñado que la cultura nace esencialmente a expensas de las pulsiones sexuales parciales, y éstas tienen que ser sofocadas, limitadas, replasmadas, guiadas hacia metas superiores, a fin de producir las construcciones anímicas culturales. Como resultado valioso de estas indagaciones hemos podido discernir algo que nuestros colegas todavía no quieren creernos, a saber, que las afecciones de los seres humanos designadas “neurosis” han de reconducirse a los múltiples modos de fracaso de estos procesos de replasmación emprendidos en las pulsiones parciales. El “yo” se siente amenazado por las exigencias de las pulsiones

⁷ James Strachey, en una nota a pie de página, y en la “Nota Introductoria” indica que ésta sería la primera vez que Freud utiliza la denominación pulsiones yoicas.

sexuales y se defiende de ellas mediante una represión que, empero, no siempre alcanzan el éxito deseado, sino que tienen por consecuencia amenazadoras formaciones sustitutivas de lo reprimido y penosas formaciones reactivas del yo. Lo que llamamos “síntomas de las neurosis” se componen de estas dos clases de fenómenos.

Al parecer, nos hemos alejado mucho de nuestra tarea, pero en verdad hemos tocado el enlace de los estados patológicos neuróticos con el conjunto de nuestra vida espiritual. Regresemos ahora a nuestro problema más circunscrito. En general, son los mismos órganos y sistemas de órgano los que están al servicio tanto de las pulsiones sexuales como de las yoicas. El placer sexual no se anuda meramente a la función de los genitales; la boca sirve para besar tanto como para la acción de comer y de la comunicación lingüística, y los ojos no sólo perciben las alteraciones del mundo exterior importantes para la conservación de la vida, sino también las propiedades de los objetos por medio de las cuales estos son elevados a la condición de objetos de la elección amorosa: sus “encantos” (en nota a pie de página aclara que *Reize* significa tanto “encanto” como “estímulos”). Pues bien; en este punto se confirma que a nadie le resulta fácil servir a dos amos al mismo tiempo. Mientras más íntimo sea el vínculo en que un órgano dotado de esta doble función entre con una de las grandes pulsiones, tanto más se rehusará a la otra. Este principio tiene que producir consecuencias patológicas cuando las dos funciones básicas estén en discordia, cuando desde el yo se mantenga una represión (esfuerzo de desalojo) contra la pulsión sexual parcial respectiva. La aplicación de esto al ojo y a la vista se obtiene fácilmente. Si la pulsión sexual parcial que se sirve del “ver” -el pla-

cer sexual de ver- se ha atraído, a causa de sus hipertróficas exigencias, la contradefensa de las pulsiones yoicas, de suerte que las representaciones en que se expresa su querer-alcanzar cayeron bajo la represión y son apartadas del devenir-consciente, queda perturbado el vínculo del ojo y del ver con el yo y con la conciencia en general. El yo ha perdido su imperio sobre el órgano, que ahora se pone por entero a disposición de la pulsión sexual reprimida.”

Esta fundación del campo pulsional (sexualidad humana) no es ajena a una perspectiva sobre el origen del aparato psíquico, puesto que el *Proyecto* hará referencia a la “vivencia de satisfacción” en relación con el complejo del semejante, un otro que lleva a cabo la acción específica capaz de calmar el hambre-satisfacer al bebé. Éste sería el campo de implantación de lo que Laplanche llama “significantes enigmáticos”, en tanto incomprensibles en esta relación de profunda asimetría: cachorro humano-adulto (sexuado-deseante).

Freud lo expresa, también, con relación a las escenas de los tiempos de formación de síntomas, vivenciadas con demasiado placer o demasiado poco placer, y siempre traumáticas, en tanto siempre *prematuras*. Hasta el momento de la defensa primaria (experiencia de dolor) y formación de síntoma primario, tendríamos la formación de las dos vertientes constitutivas de la subjetividad: con predominio de demasiado poco placer (“lo histérico”) y demasiado placer (“lo obsesivo”); correspondiendo a la salud aparente o constitución normal de la subjetividad. Este momento corresponderá posteriormente a la represión primaria y más adelante al complejo de castración.

De esta manera surge la alucinación primaria, como primer esbozo de simbolización. Cornelius Castoriadis la

denomina: “la imaginación radical”, en tanto estructurante de la subjetividad. Recordemos que para Freud el lenguaje ingresa al psiquismo como constituyente del proceso secundario.

Freud hablará de cosas vistas y oídas refiriéndose a estas primeras inscripciones, sólo más tarde comprendidas, sobre las que se asentará el campo de la fantasía, *a posteriori*⁸.

Pero este esquema no es el mismo que encontramos en *La interpretación de los sueños*, puesto que allí hay un aparato ya constituido, y se referirá no a la “vivencia” sino a la “experiencia” de satisfacción, lo que implica que hay sujeto constituido, sujetado, y su participación activa. Corresponde a un momento en que está instaurada la represión (censura, en este texto). El esquema de aparato corresponde al punto de partida de un arco reflejo, que se va complejizando del Polo perceptivo al Polo M. Aquí habrá conflicto. La secuencia sería: Percepción-Inconsciente-Preconsciente (inconsciente por el momento) -Conciencia-motilidad. Esto nos muestra el carácter progresivo del trabajo anímico en el estado de vigilia. En el dormir, el movimiento regresivo (regresivo), transcurrirá en un orden inverso, al estar durmiendo está anulada la conciencia, Preconsciente (restos diurnos) - Inconsciente (deseo inconsciente) - Polo perceptivo (como pantalla en la que se proyectan las imágenes figuradas del sueño). La motilidad se agregaría solamente en el caso del sonambulismo.

Se abren interrogantes y posibilidades que trabajaremos posteriormente en torno a la cuestión de la represión pri-

⁸ Freud, Sigmund. “Manuscrito M”, *Arquitectura de la histeria (y otros apuntes)*.1897, p.263 y *Cartas a Wilhelm Fließ, Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.

maria y la represión secundaria (posrepresión o represión propiamente dicha).

Esto nos indica, además, que no podemos pensar en un Inconsciente o un Ello de inicio, sino en tanto la represión cliva, escinde el aparato constituyéndolo, cuando se instauran los sistemas o instancias psíquicas.

Las pulsiones parciales

El objeto parcial

La *heterogeneidad* que constituye lo que Freud llama pulsión parcial estará constituida por *el empuje, la fuente, el objeto y la meta*.

La fuente será siempre una zona erógena (recordemos la zona histerógena de *Psicoterapia de la Histeria*), es decir una “parte” del cuerpo. *El objeto* es a través de lo que la pulsión alcanza su meta; puede ser un objeto ajeno o parte del propio cuerpo. Este papel instrumental lo hace apto para satisfacer varias pulsiones. Freud llama objeto a aquello de lo que parte la atracción. Característica fundamental del objeto es su variabilidad, su contingencia, lo que no lo hace menos importante. Debe ser “apto”. *El empuje* es un esforzar constante, continuo; a diferencia de la variabilidad del estímulo externo o de la periodicidad de los ciclos biológicos. Recordemos que el empuje era esencial para diferenciar la pulsión de un estímulo, puesto que un estímulo se puede apartar, podemos alejarlo o alejarnos nosotros. En la pulsión no hay escape o huida posible, el aparato trabaja o trabaja (siempre activa). *La meta* corresponde a la satisfacción de la pulsión (Freud la llamará “placer de órgano”, relacionada con el autoerotismo). La meta reconstituye en un nuevo nivel la “acción específi-

ca”, refiere a una pérdida en el nivel de la necesidad, tratándose de una satisfacción propia del “sujeto” psicoanalítico y no del organismo biológico. Esta meta se alcanza en “el propio cuerpo”, como veremos después cuando hablemos de su circuito, es, por lo tanto, “autoerótica”. Era del propio cuerpo (por apuntalamiento y seducción) de donde surgía también la pulsión. La pulsión, por su esforzar constante, *es siempre activa*, solamente la meta podrá ser, en algunos casos, pasiva. Lo anterior nos habla de la *movilidad* de la pulsión, pero también pueden producirse *fijaciones* (adherencias libidinales) a una determinada fase, estableciendo ciertos límites a esta movilidad. La fijación es el contrapunto de la movilidad, de la variabilidad del objeto; establece una conexión íntima entre pulsión y objeto que suprime la movilidad del objeto, y hace surgir la dificultad y la oposición a desprenderse de él. En este sentido Freud llegará a decir que las pulsiones son conservadoras por su adherencia a los objetos. Por otra parte utiliza el término ‘fijación’ en relación con la represión primaria que consiste en la fijación de la representación y su quantum de afecto (no el afecto concomitante). Los afectos requieren siempre una cualificación, por lo tanto son siempre fenómenos conscientes.

Aquí no utilizamos el término ‘cumplimiento’ o ‘realización’, que utilizamos en relación con el deseo inconsciente, le llamamos *satisfacción* de la pulsión. En algunas oportunidades Freud le llamará ‘goce’; noción que desarrollará Lacan posteriormente.

No existe, en Freud, una relación mecánica fijaciones–patología; las considera una variable a tener en cuenta, tanto en la constitución de la subjetividad cuanto en las neurosis de transferencia u otras manifestaciones psicopatológi-

cas. Brevemente lo mencionamos con relación a las series complementarias. En el sentido de lo normal describirá por ejemplo, el “carácter anal”: ordenado, meticulado, etc.

En la pulsión se trata de un estímulo que cancela otro estímulo (lo hemos comparado a cuando algo nos pica y nos rascamos). El estímulo surge en una zona erógena, bordea un objeto (contingente, variable) y retorna sobre la fuente cancelando el estímulo, con otro estímulo, produciendo la satisfacción, es decir, alcanzando su meta.

Se tratará siempre, entonces, de pulsiones parciales; parciales en tanto la función de reproducción (que, por contraste, implica un objeto total) y de objetos parciales y siempre inconscientes.

Conoceremos acerca de las pulsiones por sus objetos y sus metas, siempre de los efectos a las causas.

Es justamente un retomar la problemática que le plantea la Clínica (entendida en sentido amplio), lo que le genera la exigencia de retornar y reformular la teoría de las pulsiones.

Es lo que hace, por ejemplo, al retomar y, posteriormente, de la compulsión de repetición que descubre en *Lo Siniestro* (1919) y en *Más allá del Principio de Placer* (1920): el juego de los niños (el paradigmático juego del *Fort - Da*, de su nieto), los sueños de angustia, las neurosis traumáticas, los sueños traumáticos, las neurosis de guerra, la repetición de los síntomas y la aparición de nuevos síntomas. Posteriormente en la reacción terapéutica negativa (relacionada con la necesidad de castigo, en donde el masoquismo será masoquismo primario, no una transformación del sadismo). Sin embargo, Freud, hasta el final de su obra, consideró a las pulsiones como algo aún no suficientemente conocido y enigmático, como una X a descifrar.

La sexualidad infantil...potencialmente perversa polimorfa

Recordemos la caracterización esencial de la sexualidad infantil como potencialmente perversa polimorfa. La perversión para Freud implicará un modo particular de estructuración del psiquismo, por esto no podemos hablar en sentido estricto de perverso polimorfo en el sentido de una estructuración ya constituida, sino en sentido potencial, en el sentido en que no nacemos masculinos o femeninos o perversos, como algo “ya dado”, sino a constituirse. Desde este trabajo tomará el fetichismo como modelo para estos desarrollos en relación con la perversión.

El Capítulo I de *Tres Ensayos...* tendría dos objetivos fundamentales: contraponer la teoría psicogenética de las perversiones a la concepción de “degenerados” o degeneración (biológica), de boga en la época, y mostrar la variabilidad del objeto y la meta pulsionales. Es un trabajo revolucionario para su tiempo, en tanto quita el “estigma” del “degenerado” y aún del loco. Quita el estigma de la enfermedad mental, en tanto lo normal o lo patológico será un problema de orden antropológico en cuanto al ejercicio de la sexualidad, en relación con los valores o las normas existentes en un grupo social y en una época dada de la historia.

La pulsión no viene ligada a un objeto particular. Esto da lugar al desarrollo posterior de las series pulsionales, sobre las fases de desarrollo de la libido y la serie de la elección de objeto. De esta manera se articularán sus vicisitudes y destinos, para nada ajenos a los tiempos y lugares, a la historia.

Si antes se refería a la represión como causada por el asco, la moral o la vergüenza, en este momento ¿se tratará

de una “represión por narcisismo”?, por la buena imagen, por quedar bien, por ser amado.

Recordemos que la identificación al ideal parental era “condición de la represión”. Quedará, entonces, por un lado el Yo (lo consciente y lo preconsciente) y por otro, lo reprimido inconsciente (o lo que nunca fue consciente) del lado de lo inconsciente. En alemán ‘inconsciente’ es neutro, de manera que puede traducirse como “lo inconsciente” haciendo referencia a una cualidad, o ‘el inconsciente’ en tanto un sistema. La traducción, según Etcheverry (traducción de Amorrortu), se hace tomando en cuenta el contexto en el que Freud utiliza el término.

Consideremos también que la libido narcisista no es una tópica, puede ser consciente o inconsciente. El reservorio de la libido es, en este momento, el Yo; posteriormente será el Ello. Por otra parte, en la segunda tópica tanto el Yo como el Superyó serán fundamentalmente inconscientes.

Hasta aquí las fuerzas represoras habían sido asco, moral y vergüenza. Freud no ha formulado aún su concepción sobre una represión primaria y secundaria o posrepresión o represión propiamente dicha. Hasta la *Introducción del Narcisismo* Freud considera al Yo solamente como un conjunto organizado de representaciones y en el *Proyecto* con una función de ligadura.

Recordemos que cuando hablamos de Proceso Primario nos referimos a modos de trabajo del aparato psíquico: atemporalidad, no contradicción, condensación (sustitución) y desplazamiento (descentramiento), que caracterizan el Sistema Inconsciente. Esto a partir de la represión primaria que fija un representante y un quantum de energía de la pulsión, produciendo un clivaje en el aparato. Esta representación “fijada” puede corresponder a “signos de

percepción”, índices de experiencias, etc. Jean Laplanche la relacionará con la implantación de significantes enigmáticos, provenientes de otro adulto sexuado deseante. Esto reprimido permanecerá por siempre inconsciente. Lo relacionamos con el “núcleo patógeno” de los *Estudios sobre la Histeria*, como aquello de lo que no se habla pero acerca de lo cual se hace posible hablar, y el “ombligo del sueño” de *La Interpretación de los sueños*: un punto de carencia en la cadena de las asociaciones.

Esto que no tiene acceso a la conciencia establece el clivaje, la escisión psíquica, el sujetamiento en sentido estricto, en relación con el término ‘Sujeto’, a lo Inconsciente. Aclaro ‘sujetamiento’ puesto que no se trata, en lo que hace al aparato psíquico, de que tengamos un Sujeto adentro. Esta concepción antropomórfica (de un hombre con un hombrecillo psíquico adentro), es un derivado de algunas formulaciones de trabajos como *El Yo y el Ello* (1923).

Si bien esto reprimido no retorna, pueden hacerlo sus retoños, los productos de sus desplazamientos y condensaciones. A partir de la consideración de una represión primaria (conjetural o mítica, pero también considerada por algunos analistas como un momento histórico), se brindarían las condiciones para un desalojo de la conciencia o represión secundaria o propiamente dicha. Ésta consistiría en un doble movimiento, o resulta de la acción de dos fuerzas: de atracción por parte de lo inconsciente y de expulsión o rechazo por parte de la conciencia-preconsciente. Por este motivo insistíamos en que los restos diurnos, necesarios para la formación del sueño, debían ser “recientes e indiferentes”, en tanto no han tenido tiempo de entrar en conexiones asociativas significativas con las representaciones inconscientes y pueden proporcionar “disfraces”

o figurabilidad de la puesta en escena, toleradas por la censura onírica.

Hemos introducido aquí uno de los destinos de las pulsiones: la represión.

Esta represión secundaria o propiamente dicha implicaría un fracaso de la defensa (represión) frente al retorno de lo reprimido y la formación de síntomas. El problema serán entonces las contrainvestiduras que utilizarán libido para sostener la represión, con un empobrecimiento del yo. Esto será considerado por Freud como la etapa de la enfermedad propiamente dicha. Podemos apreciar que implica un “costo” libidinal aplicado a la represión.

El concepto de defensa le es importante a Freud para diferenciar su concepción de histeria de la de Breuer, refiriéndose a las neuropsicosis de defensa, contrapuestas a las actuales. Breuer lo atribuía a estados “hipnoides” o diversos estados de conciencia. Lo que pone en movimiento la defensa es la angustia, que luego será llamada angustia señal, porque “señala” la amenaza del retorno de lo reprimido y pone en movimiento la carga de representaciones que actúan como contrainvestiduras.

La defensa. La represión

La represión se diferenciará de los mecanismos de defensa en general al ser considerada “piedra angular del Psicoanálisis”, una de las nociones metapsicológicas. No se tratará de una defensa más, sino de la constitución de la escisión del aparato psíquico, siendo ella misma un mecanismo inconsciente.

Freud considerará mecanismos de defensa a las diversas operatorias del Yo que consisten, esencialmente, en

separar la representación de su afecto concomitante, siendo instrumentadas por el Yo de manera *consciente e inconsciente*, e infiltradas por el proceso primario y por la compulsión de repetición que domina el decurso pulsional.

Si estableciéramos una articulación con el “Manuscrito K”, sobre la formación de síntomas, la represión primaria correspondería a la formación del síntoma defensivo primario, defensa (primaria) lograda, salud aparente. La segunda parte, al fracaso de la defensa, retorno de lo reprimido, formación de síntomas y nuevas formaciones de síntomas. No es lo mismo formación de síntoma o síntoma que neurosis. Existe, además, en Freud una teoría general de las neurosis, lo que llamamos parte de una psicopatología psicoanalítica.

De cualquier manera quedan planteados interrogantes, en tanto en el *Proyecto* hablará de vivencia de dolor y satisfacción, ligado - no-ligado, función de ligazón atribuida al sistema que constituiría el Yo. En la Carta 52 hablará de inscripciones (signos de percepción organizados por contigüidad), transcripciones (inconscientes) y retranscripciones (preconscientes). Observamos aquí una concepción del aparato en términos de escritura, de lenguaje, el esquema llamado lenguajero, pero en donde no se pone de manifiesto el concepto central de conflicto psíquico.

Acerca del síntoma se refiere a escenas y en *La Interpretación de los sueños* a huellas mnémicas. Las huellas pueden ser pensadas en los “camino abiertos de una vez y para siempre”, las “marcas” del objeto. Derrida planteará un complejo transcurrir que parte de un modelo “óptico”, el microscopio, al de una máquina de escribir, una escritura.

Respecto del *Proyecto* presenta dos particularidades:

1) de apertura permanente a lo real, en el sentido de las

cosas del mundo, como un real continuo, sin fisuras, con el inconsciente pensado como un interior-exterior. Y 2) el Yo como un sistema cerrado, relacionado con la percepción-conciencia, como un exterior-exterior.

Retomando las escenas en relación con la formación de síntomas: la “defensa primaria” estará relacionada con la “vivencia de dolor”, frente a la cual se producirá una tendencia a la descarga-repulsión respecto del objeto. De la “vivencia de satisfacción” surgirá el deseo, que actúa por sumación, atracción del objeto.

Podrán apreciar la diversidad de lecturas posibles según prioricemos una u otra de estas líneas de trabajo de Freud. Por otra parte corresponden también a distintos momentos de sus construcciones. Por ejemplo, en los sueños hablará de la “fuerza pulsionante del deseo”, aún no ha efectuado una clara diferencia entre pulsión y deseo. La fuerza, el esforzar, provendrá de las pulsiones; el movimiento representacional alucinatorio que constituye el sueño, corresponderá al Deseo. Del sueño tal cual hemos expresado y que consiste en el cumplimiento alucinatorio de deseos (anhelos preconscientes) sexuales infantiles reprimidos.

La “unificación”, a la que colocamos entre comillas porque en realidad se trata de una “subordinación”, se llevará a cabo bajo el primado fálico, en la oposición fálico-castrado (no niño-niña), correspondiendo, también, a la constitución de un Yo (narcisismo) al que las pulsiones tomarán como objeto. Por esto decimos que el narcisismo es también un destino de las pulsiones. En este momento de su obra, para Freud, como hemos expresado anteriormente, el Yo será el reservorio de la libido, se referirá a libido del yo - libido de objeto. La libido narcisista se referirá particularmente a la libido del yo. El narcisismo se-

cundario corresponderá a la libido que abandona los objetos y retorna (secundariamente) al Yo. Por esto, momentáneamente establecerá el conflicto entre libido del Yo - libido de objeto. Lo anterior se sitúa sobre el trasfondo del conflicto entre la *sexualidad* y la *autoconservación*. Le llamará pulsiones del yo, ligadas a la autoconservación en “La perturbación psicógena de la visión según el Psicoanálisis” (1910).

En la segunda tópica, el Ello será la instancia-reservorio que tomará al Yo como objeto, en tanto “amable”. El conflicto se planteará entre Eros y Tánatos, o entre lo de muerte y lo de vida de las pulsiones. Expresado en otros términos, sería posible entre lo ligado y lo no-ligado. Se revela aquí la esencia del esforzarse constante de la pulsión como compulsión de repetición. Un antecedente fundamental de estos trabajos es “Recordar, repetir y reelaborar (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)” (1914). En este trabajo se considera que el recordar tiene un límite. Pone énfasis en el repetir (*agieren*) relacionado, fundamentalmente, con la transferencia. Hay muchas discusiones acerca de la traducción de este término, desde la de *acting* (de la escuela inglesa) a la de *pasaje al acto* (de la psiquiatría) o *puesta en acto*. El analizante repite, en acto, pero no recuerda. Por ejemplo, hace o actúa con el analista como hacía o actuaba con... El límite del recuerdo como eje de la teoría y la técnica analíticas abrirá una nueva perspectiva a “las construcciones” en el análisis.

Veremos, en otra oportunidad, cómo el retorno al cero, que atribuye a la pulsión de muerte, sería lo más radical de la pulsión. Por lo tanto creo conveniente, teniendo en cuenta además que hay un solo tipo de libido, considerar “lo de muerte y lo de vida” de la pulsión.

Los destinos de las pulsiones, previos a la represión

Recordemos *los destinos pulsionales, previos a la represión* y esquemáticamente sus vicisitudes: *el trastorno hacia lo contrario y la vuelta contra la propia persona*.

El trastorno hacia lo contrario consiste en un trastorno de la *meta* de la pulsión; de la actividad a la pasividad; Freud da dos ejemplos: sadismo-masoquismo y voyeurismo exhibicionismo. Las metas activas martirizar y mirar se transforman en ser martirizado y ser mirado. Acerca del trastorno del contenido se refiere a la mudanza del amor en odio, como único caso. Tomemos un ejemplo: ver, servido, verse. Aquí se plantea la cuestión de si el “ver” es lo pulsional, o si lo pulsional surge en los otros dos tiempos, lo que incluiría la mirada materna sexualizante-eroginante. Si no lo apreciáramos de esta manera el órgano sería erógeno por sí mismo (concepción biologista de la sexualidad). El órgano, a nuestro entender, debe ser referido a lo autoconservativo.

La vuelta contra la propia persona: en este caso observamos un cambio de *objeto*, manteniéndose inalterada la meta. Freud lo describe de la siguiente manera⁹:

- a) El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.
- b) Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional de activa en una pasiva.
- c) Se busca de nuevo como objeto una persona ajena que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de “sujeto”.

⁹ Freud, S. “Pulsiones y destinos de pulsión”, 1915, vol. 14, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.123.

Freud utiliza ‘sujeto’ o ‘agente’ para referirse a la persona que desempeña el papel activo en la relación.

Ambos mecanismos suponen el autoerotismo y el narcisismo primario o narcisismo parental. Esto puede observarse con claridad en los tres tiempos verbales con los que Freud describe lo que hemos mencionado. Podríamos traducirlo en términos vulgares en: joder, ser-jodido, joder-se (hacerse joder, por otro). Como dice Lacan¹⁰ “Freud nos presenta entonces la pulsión en una forma muy tradicional, utilizando en todo momento los recursos de la lengua y apoyándose sin vacilaciones en algo que sólo pertenece a ciertos sistemas lingüísticos, las tres voces, activa, pasiva y media (...) Lo fundamental de cada pulsión es el vaivén con que se estructura. Es notable reparar en cómo Freud no puede designar estos dos polos sin echar mano a ese algo que llamamos verbo (...) ver y ser visto.... atormentar y ser atormentado. Y es porque, desde el comienzo, Freud da por sentado que no hay parte alguna del trayecto de la pulsión que pueda separarse de su vaivén, de su reversión fundamental, de su carácter circular”. Freud se ve obligado a introducir en los dos pares pulsionales en discusión un nuevo tiempo central: el tiempo verbal medio o reflexivo, que es el eje de la transformación de las metas y sin el cual la pulsión no puede constituirse. Señalemos que este tiempo verbal medio o reflexivo no existe en la mayoría de las lenguas contemporáneas; sí en el griego, por ejemplo. Esto implica que las traducciones son aproximativas.

Este tiempo medio es el que introduce la vuelta sobre la propia persona como solidaria con el establecimiento de la

¹⁰ Lacan, Jacques. “La pulsión parcial y su circuito”, *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* [1964], Paidós, Bs. As., 1986, p.185.

meta pasiva. Aquí vemos como se aúna, en este caso, la función del narcisismo con la de la pulsión parcial. Allí donde la función anaclítica no opera, en la pulsión parcial surge, en cambio, la función del narcisismo con lo que permite su constitución. A continuación Lacan, refiriéndose al sado-masochismo, dice que Freud: “Cuando habla de estas dos pulsiones, y en especial del masochismo, se toma el cuidado de señalar muy bien que hay tres tiempos, no dos, en estas pulsiones. Hay que hacer la distinción entre el regreso en circuito de la pulsión y lo que aparece -aunque sea *por no aparecer*- en un tercer tiempo. O sea, la aparición de *ein neues Subjekt*, que ha de entenderse así – no que hay ya un sujeto, el de la pulsión, sino que lo nuevo es ver aparecer un sujeto. *Este sujeto, que es propiamente el otro, aparece si la pulsión llega a cerrar su trayecto circular. Sólo con su aparición en el otro puede ser realizada la función de la pulsión*” (el subrayado es mío). En los términos que lo habíamos ejemplificado estaría presente en el *se* del joder-se. Allí se encuentra en juego la cuestión del Ser, la cuestión del Sujeto.

En relación con la pulsión oral relacionará algo que linda también con el masochismo: “la pulsión oral es el hacerse chupar, es el vampiro”. En este sentido también se ha planteado que la pulsión oral no es especularizable, lo que podríamos ejemplificar diciendo que algo que “prueba” que se trata de un vampiro es que no se refleja en un espejo. Respecto de la pulsión anal considera que tiene mucho sentido cuando se dice hacerse cagar, allí se estaría en relación con el cagador, con el molesto. Ustedes pueden apreciar aquí que se trata de una concepción fundamentalmente exogenista de la pulsión.

Cuando nos referimos a una meta pasiva se trata, en

realidad, de una manera de hablar. El masoquista tiene que hacer un gran esfuerzo para colocarse en esa posición.

Acerca del masoquismo, aclaremos que en el año 1924¹¹ Freud agregará una nota a pie de página en donde reconoce la existencia de un masoquismo primario, refiriéndose fundamentalmente al “masoquismo moral”. En ese caso, una instancia, que corresponde al Superyó, ejercería el sadismo contra otra instancia: el Yo. Un antecedente importante para esto es la “autocrítica” y las humillaciones que, sin vergüenza, se infringe y muestra el melancólico.

Algunas diferencias entre Abraham y Freud

Es frecuente confundir la teoría de Abraham, que en 1924 formula su teoría de desarrollo de la libido, con el pensamiento freudiano. Es un esquema genético, bastante rígido; toma en cuenta solamente las *fases de desarrollo de la libido*, pero no la *serie de la elección de objeto*. Implicaría, a diferencia de otros desarrollos freudianos y del mismo Freud, un esquema pre-formado, cuyos pasos se deben continuar uno a otro. Las fijaciones y regresiones a cada fase corresponderían a las diferentes patologías. Conduciría a formularse un objeto total ideal, terminal, perfecto, adecuado. A esto lo reencontramos en los análisis que se plantean la “normalización” del sujeto. Adaptación–adecuación individuo–entorno, identificándose con el analista, puesto en el lugar de ideal.

Acerca del amor, tendremos que pensar también en el amor de transferencia y en colocar a un objeto, en este caso el psicoanalista, en el lugar de ideal; suponiendo que

¹¹ Freud, S. *El problema económico del masoquismo*.1924, Vol. XIX, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.161.

eso conduciría a la cura. Retomaremos esta problemática en relación con la ambivalencia.

Las perspectivas del objeto en Freud

Objeto del deseo

El cumplimiento de deseos es siempre de carácter alucinatorio. Su paradigma son los sueños. ¿Es un objeto perdido, o la alucinación que presentifica la vivencia de satisfacción? Alucinación reformulada luego, en *La interpretación de los sueños*, ya como “experiencia” de satisfacción (ver el *Proyecto...* y *Los sueños*). Objeto perdido, pero en una escritura de huellas mnémicas que permiten su presentificación alucinatoria. El paradigma de este objeto es oral; es un objeto oral. Su energética proviene de la pulsión. Su pérdida moverá a la búsqueda que desencadena y nos hará considerar a este objeto como *causa de las producciones psíquicas, que incluyen al deseo*. Búsqueda de la identidad de percepción, su modo de cumplimiento o realización será siempre alucinatoria. Esta pérdida es condición para que se constituya. Recordemos que el cumplimiento del deseo en Freud es siempre en acto, alucinatorio. Podríamos decir: deseado - cumplido.

Se trata de un objeto que es una “creación”, éste es el término que utiliza Castoriadis. Es creación porque en la vivencia de satisfacción, que calma la necesidad, se inscriben los signos de percepción por “vías colaterales”, creando un objeto no existente en ningún lugar, salvo en esta inscripción que será alucinada frente a la nueva presencia de la necesidad. Es el “plus” que se produce: aromas, sensaciones táctiles y de movimiento, sabores, temperatura, etc. que aún no constituyen una tópica. Solamente cesará

la alucinación primaria al instalarse la represión originaria (fijación más contrainvestidura preconsciente). De manera que podemos hablar a partir de este momento de Inconsciente - Preconsciente - Consciente. Antes de esto, ese objeto estaba en “algún lugar”. Desde este momento, al ser reprimido se constituirá como “perdido”, más aún, un objeto que nunca estuvo allí, en la realidad, salvo en la realidad psíquica que lo construye. Este objeto, perdido para siempre, sucumbe así y transforma a cualquier otro objeto en un re-encuentro, que se marcará por sus “indicios”. Esto es fundamental porque inicia la “sustitución” en la búsqueda de objetos por la pulsión. La búsqueda de sustitución sustentará la no-contradicción, la atemporalidad, la condensación y el desplazamiento en el proceso primario.

Objeto de la pulsión parcial (1905)

Éste es inseparable del autoerotismo y de la inclusión del cuerpo. El autoerotismo (como el narcisismo) tienen objeto. El objeto de la pulsión es parcial y se corresponde a la serie de los estadios libidinales (oral, anal, fálico-castrado, latencias, pubertad (genitalidad)).

Puede llamar la atención la referencia, en Freud, a la pubertad en relación con una fuerte eclosión en el desarrollo físico (caracteres sexuales secundarios, hormonales, etc.). Esto implica la movilización de la vida pulsional con la posibilidad de avasallamiento del Yo y la constitución-manifestación de diversas manifestaciones psicopatológicas, en las que en este momento harían eclosión, se podrían desencadenar diversas psicopatologías, considerando las experiencias previas.

En la época de Freud no se hablaba de la adolescencia,

ésta es una noción relativamente nueva, relacionada con una moratoria social ligada a condiciones culturales y socioeconómicas de nuestra época. Podemos decir que la problemática de la adolescencia surgió mucho tiempo después.

Podemos considerar a la pulsión como “buscadora” de objetos, siempre activa, salvo en su meta, que podría ser pasiva (aún a costa de un gran esfuerzo).

Objeto de amor

Este objeto se constituye como un objeto total y es la madre. Se pierde el objeto parcial pecho quedando subsu-
mido, ahora, por la representación - madre, como objeto de amor. Hay una pérdida del pecho como objeto real.

Las pérdidas. Todo encuentro es un reencuentro

Nos referiremos a tres pérdidas:

- 1) *La pérdida de la satisfacción de la necesidad* en aras del surgimiento de la realización de deseo, es decir: *la pérdida de la naturalidad del objeto de la necesidad*. Por esto hablamos de antinatural.
- 2) *La pérdida del objeto real*, por ejemplo, el pecho, las heces, etc. que determinan su incorporación y la estructuración del autoerotismo. Freud hace referencia aquí a los labios que se besarían a sí mismos.
- 3) *La pérdida del objeto como objeto de amor*, la persona total, que funda la importancia en cuanto tal de la pérdida de amor para el sujeto hablante.

¿A qué corresponden estas pérdidas?; corresponden

respectivamente: 1) al deseo, 2) a la pulsión y 3) al amor.

Continuando con el razonamiento anterior, el *deseo* sería el concepto fundante en Freud y la primera de las pérdidas condiciona las posibilidades de las otras dos. Surge así la posibilidad de *sustitución*. El objeto de la pulsión y el del amor son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo. Sustitución remite esencialmente a la posibilidad de desplazamientos y condensaciones. Es lo que hace posible el trabajo del inconsciente, al mismo tiempo que el trabajo de interpretación y de que algo nuevo pueda advenir, a que se produzcan cambios.

En “Pulsiones y destinos de la pulsión”, pulsiones y amor conforman un contrapunto particular. No podemos separar este texto de la articulación del narcisismo y el objeto, puesto que hace del *yo un objeto propio de la libido* (energía de las pulsiones).

Si consideramos las reformulaciones del pensamiento freudiano, particularmente las de *Lo Ominoso* y *Más allá del Principio del Placer*, veremos que hace el pasaje a lo que llamamos la segunda tópica, su teoría psicoanalítica, basándose en sus dificultades y experiencias. Esta reformulación la hará a partir del cuestionamiento del principio de placer y en las características fundamentales de *las pulsiones*.

El planteo acerca del deseo ¿será un espiritualismo deseante, a-corpóreo? En Lacan podríamos establecer la secuencia: necesidad - demanda - deseo. La función del deseo sería homeostática, relacionada con lo que de la pulsión se liga a significantes (los que hemos llamado representaciones). La introducción del concepto de signifiante es una articulación lacaniana que parte de una particular comprensión del signo de Saussure.

En el Caso Schreber¹², Freud señala, al *introducir la serie pulsional de la elección de objeto*, que el desarrollo de la libido implica un paso del autoerotismo al “amor objetal”. Precisa que cuando el sujeto reúne sus pulsiones sexuales, hasta entonces autoeróticas, dicha reunión es solidaria con la consecución de un objeto de amor. *El primer objeto que se le ofrece en función de esta unificación es su propio cuerpo.*

Entenderemos mejor el Yo freudiano como proyección de una superficie con fisuras que corresponden a las zonas de intercambio: zonas erógenas. Lacan considera a la libido un órgano, la *lamelle* o laminilla que recubre todo el cuerpo. Como analogía podríamos pensar en las envolturas plásticas que se adhieren perfectamente a una superficie. Esto coincide con la ejemplificación de Freud acerca de la ameba. El núcleo o cuerpo de la ameba constituye el narcisismo primario, sus pseudópodos engloban objetos, se trataría del narcisismo secundario. La libido puede ser retirada de los objetos y del núcleo, puede investir objetos. Lo que queda como núcleo central será siempre el narcisismo primario. Narcisismo parental revivido, la búsqueda del amor por parte del Yo que alguna vez recibió el Yo real.

El narcisismo es uno de los destinos de la pulsión

Hay una sola libido. Un destino particular de la libido es la libido narcisista. No podemos desconocer que el narcisismo es también un destino pulsional. La libido del Yo, aquella cuyo objeto particular es el yo mismo, debe ser enmarcada dentro de la teoría intermedia de las pulsiones,

¹² Freud, Sigmund. “Sobre un caso de Paranoia descripto autobiográficamente”, 1910 -1911. Vol. XII, *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.

justo en el momento en que abandona la oposición pulsiones sexuales – pulsiones de autoconservación y aún no ha construido la oposición Eros-Tánatos. En *Introducción del Narcisismo* encontramos, entonces, la sexualización del yo como objeto libidinal y, en este marco, Freud desarrolla la teoría del amor. La oposición se mantendrá entre pulsiones sexuales-pulsiones del yo y libido del yo-libido de objeto (siempre encontraremos una oposición entre algo sexual-algo no sexual). De cualquier manera, es importante pensar que a pesar de que Freud se funda, entre otras cosas, en la vida amorosa del ser humano, fundamentalmente en el amor, el mito de Narciso nos recuerda que podemos pensar también en un narcisismo de muerte. Narciso muere fascinado por su propia imagen. Muestra la dimensión mortífera del narcisismo en el amor a sí mismo, en la fascinación del amarse (trampa mortal). Esto demuestra hasta qué punto el cuerpo biológico queda subsumido por el cuerpo erótico, al precio de no considerar sus propias “necesidades” y morir de hambre y de sed.

La pulsión parcial se articulaba en torno a un objeto variable, instrumental (apto), que se despliega entre esa variabilidad y la fijación. La elección de objeto de amor se despliega entre la elección narcisista y la elección anaclítica. Elección tiene aquí un sentido inconsciente, se trata aquí de la elección del objeto de amor.

Al establecer la diferencia entre la elección narcisista y anaclítica Freud oscila en el uso de los términos ‘objeto sexual’ y ‘objeto de amor’. Señala que el ser humano tiene primitivamente dos “*objetos sexuales originarios*” a los que identifica como “‘Él mismo y la mujer que lo crió’”. El primero de ellos funda la elección narcisista; el segundo, la elección anaclítica. Pero, ¿qué es lo que le adjudica co-

mo carácter central a la *elección narcisista?: su meta pasiva, ser amado, y el hecho de que todo gira en torno a los rasgos del sujeto mismo*. En *Tres ensayos* se refirió al semejante, al espejamiento (espejo). El segundo objeto refiere a la elección anaclítica, la mujer que lo crió, y le agrega el padre protector. Existe, por parte del infante, una identificación activa (apropiación) con alguna de estas dos figuras.

En “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”¹³, se referirá a la existencia de dos corrientes en la vida del hombre. Una de ellas, la corriente tierna y otra, la corriente sensual. Explica la separación social frecuente entre ambas, la dificultad de su confluencia que se expresa en la existencia, para el hombre, de la mujer-madre y la mujer-para-el-placer-sexual (prostituta-amante). Considera que la sexualidad normal, como lo explicita también en *Introducción del narcisismo* residiría en la confluencia de la corriente de ternura y la corriente sexual hacia el objeto y la meta sexual.

Amor, odio (asociado al displacer)

Amor y odio (asociado al displacer) no constituyen una unidad primera que luego se dividiría; ambos son independientes hasta el momento en que se transforman en opuestos por la acción del principio de placer-displacer. El odio es una relación más antigua con el mundo, cuya fuente reside en el displacer del yo narcisista frente a cualquier perturbación de su equilibrio energético. Por el contrario, la fuente del amor reside en las pulsiones parciales y en el placer de órgano que les es propio. El amor es en

¹³ Freud, S. *Contribuciones a la Psicología del amor*, vol XI, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.169.

primera instancia narcisista y solo posteriormente alcanza, mediante su alianza con las pulsiones sexuales parciales, lo que Freud denomina “las formas preliminares del amor”. Recordemos que amor y odio no pueden ser utilizados para las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que se refieren a la relación del yo total con los objetos.

El amor se relaciona con el autoerotismo. El amor tiene como fuente “la capacidad del yo de satisfacerse de manera autoerótica, satisfacción que le es proporcionada por una ‘ganancia de placer de órgano’”. La ganancia de placer de órgano emerge como el secreto sostén del autoerotismo. Podemos observar aquí el planteo sobre el autoerotismo como común a ambas series pulsionales. Es esta comunidad lo que posibilitará que ambas series se anuden produciendo lo que llamábamos, con Freud, las modalidades previas del amor en las que la meta sexual se confunde con el narcisismo, entendido como el esfuerzo motor del yo por alcanzar los objetos en tanto que fuentes de placer. Freud describe dos formas de modalidades previas del amor:

- a) *Incorporar o devorar*. Esta modalidad es compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado. Ésta es una modalidad ambivalente, no primaria, un resultante del anudamiento de ambas series pulsionales.
- b) *Apoderarse*, es la segunda de las formas. Reúne el componente sádico-anal de las pulsiones parciales con un apoderamiento del objeto que es indiferente al daño que el objeto pueda sufrir por su causa. Aunque se trate de una forma preliminar del amor, es difícil separarla del odio mismo. Estos ejemplos que estamos dando no implican que haya borramiento en las diferencias de

los objetos que habíamos mencionado (deseo, pulsión y amor).

Ambas modalidades se encuentran implicadas en las relaciones de índole violenta, entre otras.

Consideramos, con Freud, el *narcisismo primario* como el narcisismo de los padres (su reviviscencia). El amarse, lo que llamamos narcisismo, constituye parte de nuestro ser. Se constituye, como hemos mencionado, en un momento del circuito pulsional a partir del cual se constituye un nuevo Sujeto, circuito del que han participado: ser-amado y hacerse-amar. Según Lacan habría una concepción clásica del amor en Freud: “quererse su bien”. El narcisismo primario sería el núcleo o centro de lo que Freud representa como una ameba, del que parten las prolongaciones que engloban, recubren a los objetos. El *narcisismo secundario* sería el que retorna de los objetos al Yo, valga la redundancia, secundariamente.

Que el narcisismo se constituya es fundamental puesto que es a partir de lo que el Yo /objetos adquieren valor, son valorizados o desvalorizados. El tercer capítulo de *Introducción del Narcisismo* se refiere a algunos aspectos del narcisismo y la castración, es decir, aquello que pone límite al narcisismo. Sólo puede temer perderse algo valorado, particularmente significativo. Posteriormente veremos las diferencias del complejo de castración en los niños y en las niñas. De cualquier manera quiero insistir en el hecho de que para que pueda hablarse de castración (corte, en el sentido de Lacan), es necesario, previamente, que el narcisismo se haya constituido. El término ‘corte’ ha alcanzado tal extensión que a veces podemos olvidar el hacernos una pregunta. Ésta tiene que ver con la pregunta acerca de si hay algo que cortar. Para que algo pueda ser

separado, desprendido del cuerpo, primero tiene que constituirse como tal, en tanto investido de libido narcisista. Si queremos hacernos una ropa cualquiera, tenemos que tener “tela” para cortar.

La antinomia amor-odio se estructura según tres oposiciones:

Retomemos las tres oposiciones que estructuran, para Freud, la antinomia amor-odio:

- 1) la real: lo que interesa y lo que es indiferente
- 2) la económica: placer-displacer y
- 3) la biológica: pasividad-actividad.

Tenemos que interrogarnos sobre si se trata de una secuencia o tiempos cronológicos (o genética) o tiempos lógicos. En Freud hay una idea de desarrollo, pero considerando esencialmente lo que hemos llamado el *a-posteriori*.

En la primera oposición el autoerotismo se sitúa a nivel del Yo-realidad (*Real-Ich*) y no implica en cuanto tal un desinterés por los objetos del mundo externo. Quiere decir que el autoerotismo pone al descubierto que los objetos no existirían si no existiesen objetos buenos para mí, o sea, para el Yo.

En la segunda oposición vemos surgir al Yo de placer purificado que exige una clasificación de los objetos. Hay que diferenciar los que son malos de los que son buenos. Los primeros constituyen el campo del *displacer (unlust)*; los segundos, el campo del Yo-placer (*lust-Ich*).

El Yo-realidad es solidario con un funcionamiento homeostático, por ende, lo que es exterior le es indiferente, por lo tanto inexistente. No obstante, para Freud, los objetos a nivel del autoerotismo funcionan únicamente en su

relación con el placer, con esa ganancia propia del placer de órgano.

Lacan considera al Yo-realidad primitivo como el sistema nervioso central, tomado como un sistema destinado a asegurar la homeostasis (equilibrio). A este nivel funciona el principio de placer, pero funciona en la medida en que no es forzado por la pulsión.

Si Freud introduce la función de un real–neuro–indiferente es porque éste es condición para la introducción de la función del amor, cuya estructura es narcisista.

El amor es “pasión sexual del Yo total”. Desde una perspectiva del tiempo lógico (*a- posteriori*) dirá este Yo es segundo.

El Yo de placer purificado es, como tal, exterior al *Real-Ich*.

La oposición activo-pasivo introduce la dimensión de la sexualidad, ¿en qué sentido?: en la medida en que “metáforiza” aquello que no puede terminar de aprehenderse en la diferencia sexual. No venimos con la marca de fábrica de hombre o mujer. Será la resultante de la articulación de las dos series pulsionales por Edipo y castración lo que dará lo masculino o lo femenino.

Resumiendo: el autoerotismo es condición del narcisismo. En el narcisismo se produce, por lo tanto, la inserción del autoerotismo en los intereses organizados del Yo, anudándose o acoplándose a los intereses homeostáticos (de equilibrio) del mismo. El autoerotismo condiciona la aparición del narcisismo, permitiendo el establecimiento del amor como diferente de la pulsión parcial.

Las pulsiones yoicas o del Yo no son, en sentido estricto, pulsionales, precisamente en la medida en que son homeostáticas, en que son pulsión domesticada. Allí exac-

tamente sitúa Freud el nacimiento del amor.

Lo sexual se incorpora al Yo sólo en la medida en que alguna de las pulsiones parciales se inmiscuye en él. A esto es a lo que Freud llamó: ‘formas preliminares del amor’. En éstas se anudan las dos series y se produce un forzamiento de la pulsión parcial en el campo del placer (cuando decimos anudamiento hablamos de un forzamiento). Introduce así ‘un más allá’ y la domesticación de ese más allá pulsional por el principio de placer, a través de su inclusión en la esfera del Yo de placer purificado. Con esto nos estamos anticipando a la segunda tópica freudiana (oposición lo de muerte de la pulsión-lo de vida de la pulsión) en la que definirá, retornando a la problemática pulsional, un más allá del principio de placer que se corresponderá con la compulsión de repetición. De lo que hemos estudiado hasta ahora tendremos como base los sueños de angustia, las pesadillas, que van más allá del deseo, más allá del campo del principio de placer.

Entonces, el punto propio de la emergencia del objeto de amor se situará precisamente allí donde el principio de placer interfiere con su ‘más allá’, allí donde puede constituirse como un sustituto posible del objeto perdido del deseo.

Psicología de las masas y análisis del yo

Freud examina aquí¹⁴ las relaciones entre la identificación, el amor y el objeto. Nos indica claramente la relación entre la identificación primaria y la función del Ideal, al referirse a la *identificación como lazo afectivo primero* con el padre (está hablando del Edipo del varón), a esta

¹⁴ *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), Vol. XVIII, Cap. VII, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.99.

identificación la llama ‘exquisitamente masculina’. Este lazo es diferente a una actitud pasiva femenina respecto del padre y lo caracteriza como eminentemente masculino y preparatorio del Edipo. A esta identificación (que llama primaria, al ideal del padre) le contrapone la catexia objetal, que recae sobre la madre, a la que caracteriza como anaclítica, señalando que ambas pueden coincidir hasta el momento de la crisis edípica sin conflicto. Una vez introducida esta última (la catexis de objeto), surge en dicha identificación narcisista un matiz hostil que indica la intrusión de la sexualidad. Pero la ambivalencia ya está ahí formando parte intrínseca de dicha identificación, entendida como la forma preliminar del amor, propia de la etapa oral de la libido.

Psicología de las masas y análisis del yo muestra la solidaridad entre la identificación primera, el ideal y el narcisismo. Ese lazo primero es situado en el marco del objeto amoroso, el cual es diferenciado de la elección de objeto sexual que, como recordamos, es la etapa última de la serie de la elección de objeto. Por esta razón el complejo de Edipo completo aparece como su referencia fundamental. Es, entonces, objeto de amor, objeto de identificación y puede tener como uno de sus destinos el devenir objeto sexual adulto. Considerando que en este momento Freud trabaja sobre el complejo de Edipo en el varón y su identificación primaria con el ideal del padre, al devenir el objeto de amor objeto sexual, nos encontramos con la homosexualidad del complejo de Edipo invertido. En este caso la identificación es precursora de un vínculo objetal-sexualizado-con el padre.

La formulación freudiana acerca del Amor y la Identificación llega a establecer una diferencia entre identifica-

ción y elección de objeto, en función de una lógica del ser y el tener. Lacan la articulará en torno al falo. En el primer caso, se quisiera “ser”, por ejemplo, el padre, como fuente de placer; en el segundo “tenerlo”. Con esto nos referimos a la “incorporación” articulándola con la importancia de la introyección. Esta forma de lazo es posible con anterioridad a toda “elección de objeto sexual”.

La identificación primaria o primera es fundante de ese Yo de placer purificado, núcleo del narcisismo. Como hemos dicho esto ocurre cuando los intereses del Yo se aúnan con una pulsión parcial, en este caso la oral. A esto lo llama incorporación, dando origen a la primera de las formas preliminares del amor.

En estas formas preliminares encontramos un contrapunto, por un lado, la homeostasis/principio de placer, ambos inseparables del Yo placer y por otro lado, aquello que la desborda y la perturba, su más allá que es, como dijimos, el forzamiento del principio de placer por la pulsión parcial.

Esta distinción entre ser el objeto (identificación) y tenerlo (elección de objeto), la retomaremos en su articulación con la función del Ideal y la del falo.

Aquí Freud subraya predominantemente su relación con el Ideal, pues describe la identificación como los esfuerzos de un sujeto para modelar su propio Yo de acuerdo al modelo elegido. En la elección de objeto en cambio, la función del ideal se observa en la idealización del objeto de amor. Freud distingue aquí claramente la separación entre este objeto amoroso y el objeto del deseo que él llama “sensual”. Esta diferenciación no es nueva, remite siempre a la separación de dos corrientes diferentes orientadas hacia el objeto incestuoso: la corriente que denominába-

mos la corriente afectuosa o tierna, en la que la pulsión se presenta como “inhibida en su meta” y la corriente sensual reprimida, pero preservada en el Inconsciente. Estar enamorado implica el predominio de la pulsión inhibida en su meta, por ello se produce la sobrevaloración del objeto, que “falsea el juicio”, vale decir la Idealización. En este caso el objeto recibe el mismo tratamiento que el Yo, incluso podemos decir que es bastante obvio, en más de una elección amorosa, hasta qué punto el objeto se relaciona con el ideal del yo, del cual no es más que un sustituto. La libido narcisista fluye así hacia dicho objeto que adquiere su carácter altamente idealizado. Aquí tener el objeto se enmarca también dentro del narcisismo.

El Yo, en tanto él mismo es objeto libidinal, cede entonces una parte de su carga al objeto elegido, el cual pasa a representarlo. Freud concluirá que lo realmente decisivo para determinar la elección de uno u otro camino es si el objeto es colocado en el lugar del Yo o del Ideal del Yo.

Para finalizar, quisiera establecer una diferencia entre la homosexualidad de la serie de la elección de objeto y la homosexualidad que, hemos dicho, puede ser un síntoma neurótico, una perversión o estar relacionada con las psicosis.

En la serie de la elección de objeto ésta se ubica en el camino que lleva del autoerotismo a la elección de objeto. Sucede a la elección del propio cuerpo –narcisismo– en el que Freud señala la importancia del papel que ya parecen desempeñar los genitales. Esto conduce a la elección de un primer objeto ajeno en la medida en que éste tiene los genitales semejantes a los propios. Así el camino a la heterosexualidad pasa necesariamente por una fase de elección homosexual de objeto. Ésta es producto de la preeminencia de lo que aún Freud llama genitales (luego se referirá a

la fase fálico-castrado) en lo que hace a lo narcisista del cuerpo. Es, de entrada, catexia objetal, fundada efectivamente en la elección del semejante sexuado como heredero del propio narcisismo del Yo. Como vemos esto forma parte del enamoramiento.

Se desarrolla en torno al concepto de narcisismo y del objeto de amor. Freud profundiza y descubre esta temática en 1911, en el Caso Schreber. Se trata de un caso de psicosis paranoica, donde falla la constitución del Yo y el delirio es un intento de curación.

En síntesis, tenemos dos series diferentes:

1. la serie pulsional con sus estadios y
2. la serie de la elección de objeto (autoerotismo, narcisismo, elección homosexual y elección heterosexual).

¿Qué articulará ambas?: el Edipo y la castración.

Ambas series tienen un punto de partida común: el autoerotismo, de allí en más se separarán.

1) *La elección de objeto* remitirá a otro, definido en tanto que persona, la totalización del objeto sexual. El otro como sexuado, homo o heterosexuado. La serie parte del autoerotismo inicial, pasa por el narcisismo (elección homosexual de objeto que, como intermedia, se funda en la elección de un “semejante”) y posteriormente la elección de objeto heterosexual.

2) *La serie pulsional*: el “otro” es tomado solo como su apoyo (apuntalamiento). Las pulsiones, como dijimos, son parciales e inconscientes, hacen de la parte elegida del cuerpo un uso particular que produce lo que Freud llama “placer de órgano”. Cualquier parte del cuerpo puede adquirir características de una zona erógena, puede erogenizarse. En ambas series comparativos el carácter contingente (variable-apto) del objeto

y las posibilidades de fijación.

Comentemos un ejemplo con relación a la *ambivalencia*.

1) El papel del narcisismo es fundamental en la elección de objeto, determinando la prevalencia de la dupla amor-odio, por lo tanto, la ambivalencia caracterizada por la transformación de contenido.

2) En la serie pulsional, por ejemplo, la ambivalencia se despliega en la transformación activo-pasivo (en lo que hace a la meta de la pulsión. La pulsión es en sí siempre activa). Aquí el Yo no juega papel alguno, o lo hace en forma secundaria cuando el modelo anaclítico o de apoyo se muestra insuficiente. Allí Freud se ve obligado a introducir la función del semejante. Por esto afirmará que activo-pasivo se trata de una polaridad biológica, más relacionada con la forma o las características del órgano.

El tercer capítulo de *Introducción del Narcisismo* habla sobre la castración (el límite a la omnipotencia infantil). La castración articula ambas series entre sí y a ambas con el complejo de Edipo.

En 1923 (“Una adición a la teoría sexual”) ambas series convergen en la fase fálica, en las que las pulsiones parciales se reúnen bajo la primacía del falo. El falo no es el pene. En el imaginario puede ser un pene en erección, observable, ésa sería su apoyatura libidinal. Era, como dijimos anteriormente, fundamentalmente una creencia infantil. Posteriormente veremos su valor simbólico en la regulación de los intercambios simbólicos, en las trasposiciones pulsionales. Como patrón de intercambio la primacía del falo permite el acceso a la sexualidad adulta, corrientemente denominada genitalidad. Pero está expuesta perma-

nementemente a vicisitudes incesantes y la estabilidad de la susodicha genitalidad es, como se sabe, más que precaria.

En *Tres Ensayos* se formulan algunos ejes fundamentales de la teoría de las pulsiones, las pulsiones parciales, que sufrirán muy pocas modificaciones. *La sexualidad infantil será potencialmente perversa polimorfa, depende de la estructura de la pulsión parcial y es inseparable de la misma.*

En *Tres Ensayos* las pulsiones se organizan en función de su carácter parcial, del autoerotismo (común a ambas series) y del placer de órgano vinculado con la zona erógena (que es la sede de ese placer) y la variabilidad de su objeto.

La sexualidad presenta un carácter bifásico, relacionado con los cambios físicos de la pubertad, el problema de la elección de objeto “definitiva” y su relación con el objeto de las pulsiones parciales. Esto remitirá a lo que Freud llama la ‘sexualidad adulta normal’. No deja fuera de sus reflexiones la capacidad de procrear, de tener un hijo. Hay una permanente oscilación, en Freud, entre el “objeto sexual definitivo” -serie de la elección de objeto- y el problema de la pulsión parcial, contingente y autoerótica. Esto se nota con mayor claridad en “Las transformaciones de la pubertad”.

Pero, ¿cuál es el punto de convergencia y divergencia?: *la madre. El objeto primero.* Desempeña su papel en las tres dimensiones propias del objeto, pero lo desempeña de una manera diferente en cada una de ellas.

1) La dimensión del *deseo*: aquí hablamos de la madre como ese Otro (con mayúscula) inolvidable que en función del desamparo y la indefensión, permite el surgimiento del objeto del deseo.

2) La dimensión de la *pulsión parcial*: articulado si-

multáneamente, hecho claro en relación con el pecho como objeto pulsional.

3) La dimensión del *complejo de Edipo*: en tanto la madre juega el papel central, como “persona” amada, es decir como objeto total.

“Cuando la primerísima satisfacción sexual (...) finaliza (...) El hallazgo (encuentro) del objeto es propiamente un *reencuentro*”¹⁵.

Recordemos que la primera fase excluye tajantemente la anobjetalidad como tiempo originario. Hace referencia a la realización alucinatoria de deseo, esa “primerísima satisfacción sexual”, la identidad de percepción, propia de los procesos primarios. La experiencia de satisfacción aparece como anterior al autoerotismo. Éste es el tiempo uno de las dos series que aquí nos ocupan. Esto implica una condición de posibilidad lógica, en dicha experiencia, de la pérdida que se instala entre la necesidad y el deseo, entre satisfacción y realización. Esta primera pérdida, condición de los procesos primarios como tales, no debe ser confundida con la pérdida a la que alude Freud al presentar el nacimiento del autoerotismo: se trata, ésta, de una pérdida real y de su interiorización.

En sentido estricto no hay una fusión de las dos series freudianas. Freud nos señala que *el objeto como pecho se pierde frente a la madre como objeto total de amor; hay incompatibilidad entre el objeto y la “persona”, entre la totalización del amor y el carácter parcial de la satisfacción pulsional*.

Respecto al objeto, hablamos entonces de tres pérdidas diferentes:

¹⁵ Freud, Sigmund. *Tres Ensayos de teoría sexual*, vol. VII, III. 5, *Obras Completas*, Amorrortu. Buenos Aires, pp.202-203.

- 1) La pérdida de la satisfacción de la necesidad en aras del surgimiento de la realización del deseo. Es decir: *la pérdida de la naturalidad del objeto*.
- 2) La pérdida del objeto real que determina su incorporación y la estructuración del autoerotismo y
- 3) La pérdida del objeto como objeto de amor, la persona total, que funda la importancia en cuanto tal de la pérdida de amor para el sujeto hablante.

Estas tres pérdidas corresponden respectivamente a:

- 1) deseo
- 2) pulsión y
- 3) amor.

El *deseo* es el concepto fundante en Freud y la primera de las pérdidas condiciona las posibilidades de las otras dos. Surge así *la posibilidad de sustitución*. El objeto de la pulsión y del amor son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo.

En “Pulsiones y sus destinos”, pulsión y amor conforman un contrapunto particular. Este texto es inseparable de la articulación entre el narcisismo y el objeto, articulación que hace *del yo un objeto propio de la libido*. Ya en el caso Schreber, Freud señala, al introducir la serie de la elección de objeto, que el desarrollo de la libido implica un paso del autoerotismo al “amor objetal”. Precisa que cuando el sujeto reúne sus pulsiones sexuales, hasta entonces autoeróticas, dicha reunión es solidaria de la consecución de un objeto de amor. El primer objeto que se le ofrece en función de esta unificación misma es su propio cuerpo.

En “Pulsiones y sus destinos” Freud retoma su teoría de la pulsión parcial, pero la teoría del apoyo (apuntalamiento) anaclítico de la pulsión demuestra sus límites. Por

ejemplo: los dos pares pulsionales configurados por el sado-masochismo y el voyeurismo-exhibicionismo escapan a la construcción de la pulsión por medio del apoyo en la necesidad.

En este texto define: empuje (constante), fuente, meta y objeto.

Define al objeto como el medio gracias al cual la pulsión alcanza su meta, vale decir su satisfacción. El objeto puede ser ajeno o parte del propio cuerpo, debe ser apto para posibilitar la satisfacción (por ejemplo debe poderse chupar). Este papel instrumental del objeto lo hace apto para satisfacer varias pulsiones. Reconstituye en un nuevo nivel la acción específica, perdida a nivel de la necesidad. Se trata aquí de una satisfacción propia del sujeto psicoanalítico y no del organismo biológico. No debemos confundir esta satisfacción con el cumplimiento de deseo.

La variabilidad del objeto de la pulsión tiene su contrapunto en la fijación, una conexión íntima entre pulsión y objeto, que suprime la movilidad del objeto y que hace surgir la dificultad y la oposición a desprenderse de él.

Acerca de las identificaciones

Cuando se emplea el término ‘identificación’ en el sentido corriente remite a una vaga idea proveniente de la psicología. Ésta se reduciría a un esquema muy simple compuesto por dos (o más) personas diferentes, por ejemplo, A y B, ligadas entre sí por una relación de identificación. Una persona se transformará progresivamente, por identificación, en la otra.

El Psicoanálisis, desde Freud, lo comprende de una manera radicalmente diferente: no se trata de dos indivi-

duos distintos en donde uno se transforma en el otro. La identificación *se produce*, por el contrario, *en el espacio psíquico de un solo y mismo individuo*. La modificación freudiana recae sobre el *espacio* en el que se encuentra contenido el esquema. Se refiere a un espacio *inconsciente*, de manera que la identificación solo tiene lugar entre dos instancias *inconscientes*. Las identificaciones sustituyen relaciones intersubjetivas por relaciones *intrapsíquicas*. La identificación, tal como es concebida por el Psicoanálisis freudiano, es un proceso de transformación efectuado en el seno mismo del aparato psíquico, no en nuestro espacio habitual, y no lo podremos percibir en forma directa, por medio de nuestros sentidos. En el proceso de la cura analítica podrán apreciarse exteriorizaciones indirectas de la identificación, pero nunca ninguna de estas manifestaciones muestra tal cual el mecanismo psíquico que opera en una identificación psíquica inconsciente. Como ejemplo de lo dicho anteriormente podemos pensar en una identificación primaria a partir de la cual se instaura el Ideal del Yo (instancia psíquica inconsciente). Como hemos dicho, la identificación tiene que ver con el ser, la elección de objeto con el tener. En las identificaciones secundarias, a excepción de la identificación histérica que se produce a partir de una emoción común, hay un regreso de la elección de objeto a la identificación (del tener al ser). En este sentido el Yo se constituirá como un sedimento de múltiples identificaciones (padre, madre, y/o otras personas significativas). En uno de los ejemplos de constitución de la homosexualidad, Freud dirá que el niño sustituye a su madre como objeto, identificándose con ella, tomará y tratará a otros jóvenes como su madre lo trataba a él, como si fueran él. Por ejemplo, en el texto “Un re-

cuerto infantil de Leonardo da Vinci” (1910), como una modalidad de identificación homosexual.

El caso mencionado será luego, para Freud, en el niño y la niña una identificación al ideal parental. Así como afirmará que el Superyó del niño es el Superyó de los padres.

Del narcisismo constituyente a la trampa mortal

Gilou García Reynoso

Un hombre de aproximadamente treinta años es encontrado ahogado en un río. Está vestido prolijamente, con un detalle extraño: los ojales prendidos y cosidos, como para no ser ya abiertos, como si la vestimenta hubiese sido planeada como la última: envoltorio cerrado para el viaje definitivo.

De la autopsia se desprende que ha almorzado poco antes de morir. Vecinos u ocasionales testigos dicen haber visto reiteradamente, en los últimos días, un hombre sentado en el puente con los pies colgando y mirando al río.

¿Muerte accidental, suicidio?

Y se inicia la investigación. Estudiante durante la dictadura que, un tiempo atrás, el país en que vivía soportó. Brillante estudiante y militante socialista en sus épocas, es arrestado después de años de militancia estudiantil. Su tarea es ideológica y dentro de las reglas del juego de una sociedad democrática, hasta que la dictadura prohíbe toda actividad militante y declara fuera de la “ley” (la que ella impone por la fuerza) a todo cuestionamiento crítico y potencialmente transformador. El joven cae preso y es encarcelado por largos años según la metodología de la represión en su país. Finalmente es “liberado”.

Lo que puede averiguarse de lo que sigue es que, siendo del interior del país, no retorna a su provincia sino que permanece en la capital, desligado de su mundo familiar, del estudio, y obviamente de su actividad militante proscrita.

Los testimonios describen su situación como precaria y en un aislamiento muy marcado: vive recluido en una muy

modesta vivienda, solo, con grandes dificultades para encontrar trabajo estable, con recursos mínimos, y sin amistades.

Las normas del encarcelamiento en el país comprometen a los presos cuando son “liberados”, a pagar retroactivamente su pensión por los años de reclusión. En el archivo del cuartel donde permaneció preso hay una cantidad importante de cartas enviadas por él en respuesta a las reiteradas demandas militares de saldar su deuda.

El tenor y el tono de las cartas va cambiando desde la primera hasta la última, pocos días antes de su muerte. Al comienzo responde airadamente, declarando que le reclaman un imposible: en efecto, mal puede estar en condiciones de pagar si los años de encarcelamiento le han cortado sus posibilidades de conseguir trabajo. Pero, poco a poco, las cartas se hacen más sumisas: va reconociendo su deuda aunque afirma no tener recursos para pagarla; y en las últimas pide disculpas e implora perdón reconociéndose culpable y afirmando que dedicará todas sus fuerzas y su vida entera, si es necesario, para cumplir con el pago, agradeciendo que lo hayan albergado tantos años y le hayan proporcionado enseñanzas y ejemplos tan elevados (!!!).

Cuando los investigadores llegan a su vivienda encuentran las paredes cubiertas con fotografías y posters exaltando la figura del militar, en representaciones triunfales, con leyendas escritas a mano con gruesos trazos de color, exaltando la gloria del ejército y sus armas: “viva el general tal”, “los militares son grandiosos”, “el ejército salvará a la humanidad”.

Sólo unas líneas de comentario a tan triste destino, pues los hechos relatados son elocuentes por sí mismos.

Cuando las presiones que se ejercen sobre un sujeto, debilitado por los años pasados en condiciones de aisla-

miento, sometido a prácticas prolongadas de disciplinamiento, carencias y humillaciones, y sin duda también otras torturas, se crean las condiciones para que los lazos sociales se disgreguen, con graves daños para la subjetividad. El sujeto no tiene posibilidades de inscribirse en un circuito de intercambio simbólico, que el trabajo y las relaciones afectivas sostienen; y si, como en este caso, se le agregan reclamos imposibles de cumplir, hay dos posibilidades: o la rebelión con el riesgo de muerte que implica, o el sometimiento y la identificación masiva.

Me interesa reflexionar sobre las operaciones subjetivas que hacen que un sujeto se entregue, como en este caso, a un sometimiento y una fusión que lo lleva a la muerte.

En trabajos anteriores¹, me he ocupado de los correlatos en lo psíquico de situaciones históricas de represión o de exclusión y carencia. El eje de esos textos es un trabajo acerca de las vicisitudes de la subjetividad en situaciones extremas: marginalidad o desapariciones; estudio que uno podría llamar sobre el narcisismo: acerca de las condiciones que permiten o impiden que éste se constituya, y de las situaciones que ponen a dura prueba esa constitución, exponiendo a los ciudadanos a procesos de desestructuración subjetiva, o a consecuencias graves en el orden social. Trabajo sobre *“los fundamentos subjetivos del poder”* podría ser uno de los recorridos para leerlos, y el eje teórico psicoanalítico las *vicisitudes del narcisismo*.

Me importa recalcar mi posición -ética y teórica-: la imbricación de lo psíquico con lo político es insoslayable; el psicoanálisis no puede evadirla bajo pretexto de extraterritorialidad. La dimensión de lo psíquico debe entenderse como lo dice Platón, como “articulación dialéctica de las

¹ García Reynoso, G., “Matar la Muerte”, *Psyché*.

de las pasiones del alma y de la ciudad”. Un trabajo en la dimensión psíquica no debe ser reduccionista y servir para despolitizar. Todo lo contrario: las presiones, represiones o falencias en lo social alcanzan a los ciudadanos en su subjetividad, pues los discursos sociales hacen llamados y ofrecimientos que tienen eco en lo recóndito de la estructura subjetiva, *llamados al amor* para mantener la cohesión: el discurso del Amo es seductor.

El sujeto tiene que *pagar* su inclusión en el sistema: y no sólo en lo explícito como en el caso que presentamos, sino en todo proceso de “normalización”. Los casos límite aclaran lo que permanece mudo cuando se logra la “adaptación”, salvo cuando los síntomas lo denuncian son su sufrimiento. La patética historia relatada es una caricatura trágica de lo que suele llamarse un “Yo fuerte”, es decir capaz de adaptaciones a menudo muy costosas. Tomado en el espejismo de omnipotencia que le es ofrecido por un Poder totalitario, se confunde con el Otro en un abrazo mortal y, en este movimiento, desaparece como sujeto con palabra propia, reforzando, eso sí, el Poder. “Éste se ofrece como un orden sin fallas”, exige el consenso de la población pues es de este modo que se sostiene una acción tan deletérea como aquella que obtiene por las armas” (...) “poder absoluto y feroz -como el superyo-, al que es propenso a identificarse en una relación narcisista”². Hoy podría agregar que, sentadas las bases por el terror sembrado en el pasado reciente, esta democracia continúa la amenaza de acción deletérea: el “Siganme” convoca nuevamente al amor-fusión, mortífero: *Amor a Muerte*³. Incluso recuérdese las amenazas de caos en la reciente época pre-

² García Reynoso, G. “Matar la Muerte”, *Psyché*.

³ “El trauma psicológico”, *Zona Erógena*.

electoral. Aquí el poder ya no necesita otras armas: destruye toda alternativa con la amenaza de caos; y, sin duda, consigue de esta manera un porcentaje importante de votos, basados no sólo en el miedo como se dijo, sino en el ofrecimiento de una adhesión acrítica, es decir sin distancia. El resultado exitoso de las votaciones enarbolado posteriormente -en una argumentación circular-, como prueba de verdad y eficacia. El ideal del Yo de omnipotencia delegado en el Otro del Poder es la promesa de un *Yo Ideal*, cuya fascinación narcisística puede ser letal: como en el caso relatado puede llevar la fascinación a una fusión alucinatoria mortífera.

Desde el punto de vista de la subjetividad esto significa el borramiento de la división, dolorosa pero creativa, del sujeto freudiano, movimiento que implica una tendencia suicida; o bien, la identificación lo pondría en posición de dominio absoluto sobre todo aquel que intentara marcar una diferencia: Amo despótico a su vez. “El sujeto -el ciudadano- que vive la ilusión de recibir la omnipotencia del Otro, paradójicamente, al mismo tiempo la constituye, *Si cree en ella, la Crea*”⁴. Esto nos concierne a todos: dilucidar la relación del sujeto al Poder en todas sus formas: desde el silencio aterrado hasta el consenso más abierto, pasando por las componendas secretas del voto vergonzante, o no. Expuestos, cada uno de nosotros, al riesgo de caer en espejismos: es difícil reconocer en uno mismo situaciones de las que tenemos vergüenza y aún horror: la mayor eficacia del poder es la adhesión que suscita, el *consenso* explícito o implícito.

El mito de Narciso es uno de los grandes mitos de la antigüedad, cuna y modelo de nuestra cultura. Como tal da

⁴ García Reynoso, G., “Matar la Muerte”, *Psyché*.

cuenta de representaciones culturales en las que se expresan inquietudes universales, arraigadas en la subjetividad occidental. Ha servido al psicoanálisis para metaforizar un momento fundacional de la subjetividad occidental, en la historia singular. Constituyente del psiquismo en sus comienzos, es soporte de la posibilidad de sobrevivir en la inermidad inicial, con su carga de *alineación en el otro (Otro)*. La fase del espejo, descrita por J. Lacan, es decisiva para la constitución de una unidad corporal aún ilusoria, que subyace a todos los procesos de conocimiento, reconocimiento, desconocimiento, funciones yoicas. Identificaciones narcisistas primarias, espejismos e ilusión de unidad y completud que serán *base para el amor y para la locura*.

Es en el Otro que el sujeto se reconoce, se identifica. Yo ideal que devendrá Ideal del yo. El deseo será hacerse reconocer; su deseo tiene por objeto al deseo del Otro y 'del Otro' hay que entenderlo entender en los dos sentidos: hacia el Otro y desde el Otro. Dice J. Lacan: "Su libertad se confunde con el desarrollo de su servidumbre". La imagen captura hasta el sacrificio; tendencia suicida, masoquismo primario o pulsión de muerte, es nudo enigmático del destino humano. El mito de Narciso es su metáfora.

Pero, ¿destino o historia?

Las trampas de Narciso son siempre riesgosas, con su poder mortífero de abolición subjetiva, cuya fascinación se basa en las primeras identificaciones que permitieron sobrevivir a la miseria original, constituyendo las bases de la subjetivación, en alineación. La separación, operación fructífera y cruenta, nunca acabada, será división del sujeto y pérdida insoslayable de la ilusión narcisista.

Es importante que esta Serie dedique un número a ello,

pero me asalta una inquietud: Roland Barthes en “Le Mythe aujourd’hui”⁵ dice que el mito es palabra *despolitizada*, entendiendo lo político como “el conjunto de relaciones humanas en su estructura real, social, en su poder de fabricación del mundo”. Y subraya que el prefijo ‘des’ marca una defeción, la evacuación de la cualidad contingente, histórica, es decir fabricada. Y agrega que los hombres están con el mito *en relación de uso*, y no de verdad, despolitizan según sus necesidades. “El mito no niega las cosas, habla de ellas; las purifica, las funda en naturaleza y eternidad, como siendo de por sí: tranquiliza, da la simplicidad de las esencias, con abolición de la complejidad de los actos humanos, suprime toda dialéctica. Organiza un mundo sin contradicciones, porque sin profundidad”. “El mito canta las cosas antes de protagonizarlas”.

La inquietud que me asalta es la de no dejarnos fascinar por el poder del mito, aún al trabajarlo: la causa del olvido⁶ busca un consenso desligado del pasado; la política del olvido implica el olvido de la política. Estemos advertidos para no dejarnos capturar, y que la referencia al mito de Narciso no caiga en un uso mítico del mito, como constitutivo del psiquismo, olvidando el uso político que puede hacerse de él.

Narciso revela el poder aterrador de la ilusión demencial de fusión con el O, símbolo de la miseria original.

Cuando se quiebran todos los soportes y se desarticula todo lazo social, -que permitía diferir el goce fatal, ofreciendo caminos y soportes para la pulsión y el deseo-, el recurso último es el refugio en el narcisismo que fue base

⁵ *Mythologies*, Ed. du Seuil.

⁶ García Reynoso, G. *Acerca de la restitución de niños secuestrados*, Ed. Rodaballo.

constituyente en la inermidad primigenia: retraimiento, aislamiento en sus distintas gradaciones, hasta la posibilidad de un desenlace suicida, como en el caso relatado -ofrecimiento sacrificial-; o bien la participación en un proyecto destructivo, como parece haber sido la alucinante exaltación de sus verdugos, en las semanas previas al desenlace. “Salvar a la humanidad” quiere decir, en este camino, aniquilar toda diferencia, *reducir el otro al uno*.

El narcisismo es una problemática fundamental de la subjetividad, base del amor en todas sus formas; como decía Freud, “lo más abyecto y lo más sublime”. La cohesión de los grupos sociales se sostiene por el amor que liga a sus integrantes. Arma de doble filo, puede inclinar la balanza tanto hacia la solidaridad y la aceptación del otro-semejante, constituyendo una *comunidad*; o bien convoca a una *comunión*, cuya contraparte será la violencia hacia todo lo que no es el grupo mismo: fuente de discriminaciones y violencias extremas (racismo u otras).

La contraparte, inseparable del amor, es la agresividad. El lema “Hacer el amor no la guerra” es ideal: en verdad las cosas son más difíciles. El trabajo constante de lo negativo está en la base de la destructividad, pero también de la creatividad. Y lo negativo es la atracción fatal que ejerce sobre nosotros –constituidos por la división- la imagen del UNO; nostalgia letal en la que podemos perecer.

Algunas notas sobre el estadio del espejo

Alicia Tradatti

J. Lacan intentará con su elaboración del estadio del espejo dar respuesta a la pregunta que queda pendiente en el desarrollo de la doctrina de Freud en relación a la nueva acción psíquica para la constitución del narcisismo.

Lacan señalaba que Freud había puesto su interés fundamentalmente en las identificaciones en juego en el complejo de Edipo, descuidando el dar respuesta a esta identificación primera narcisista, el poder dar cuenta de la operación de constitución del yo.

En el texto *Introducción del Narcisismo* (1914), Freud se pregunta qué relación guarda el narcisismo con el autoerotismo que se describió como un estado temprano de la libido.

El autoerotismo, de acuerdo a lo que desarrolla en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), era considerado como la forma de satisfacción de las pulsiones parciales en el cuerpo propio. Freud hacía la salvedad allí mismo que este estadio de la sexualidad infantil era anobjetal por lo que entendíamos que en realidad las pulsiones no se satisfacían en un cuerpo ajeno, en un objeto sexual. ¿Por qué no podríamos decir que el cuerpo propio era un objeto?, como luego veremos, una vez constituido el narcisismo, el cuerpo propio pasa a ser el objeto del yo. Podríamos quizás pensar que se necesitaría una operación nueva para constituir el cuerpo como objeto.

En el artículo de 1914 Freud toma el término narcisismo de P. Näcke quien, en 1899, designa con este término la conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio

un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena. Uno podría preguntarse cuál es la diferencia entre esta definición que Freud toma de Näcke y lo que él plantea como autoerotismo.

Antes nos decía que el autoerotismo era anobjetal. ¿El narcisismo sería también anobjetal? Al decir trata al cuerpo propio en forma parecida al cuerpo de un objeto sexual, se agrega la dimensión de que el sujeto, (¿el yo?), tendría ya una representación de un objeto sexual que, en términos freudianos, implicaría la representación de una persona-total, ajena, es decir con estatuto de exterioridad. Representación que todavía no se producía en el estadio oral.

Freud postula que es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo, sólo estarían, diríamos, las pulsiones autoeróticas iniciales, primordiales. Continúa... “el yo tiene que ser desarrollado”. Esta nueva acción psíquica que se agregaría al autoerotismo sólo podría ser una nueva acción psíquica que permitiera la constitución o desarrollo del yo. Veremos luego de este recorrido qué puntos nuevos necesitan ser desarrollados a partir de la primera definición que toma Freud de Näcke. El cuerpo propio, según esta definición, era tomado como objeto sexual. ¿Por quién? Por un individuo. Freud va a producir, en este deslizamiento hacia esta nueva acción psíquica que se agregaría al autoerotismo, una doble posibilidad: primero que el sujeto que da ese trato al cuerpo propio sea, por una parte, el yo que todavía no está desarrollado, en el lugar del individuo. Por otro lado las pulsiones sexuales tomaban como objeto al yo. Y también como menciona en “Pulsiones y destinos de

pulsión” (1915) se llama narcisismo a la fase temprana de desarrollo del yo, durante la cual sus pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica. Podríamos decir que estas aproximaciones de Freud al tema del narcisismo nos enfrentan a una dificultosa posibilidad de determinar sujeto-objeto.

Al tomar la expresión ‘una unidad comparable al yo’, podríamos preguntarnos qué significación da Freud allí a este término. ‘Unidad’, en una de sus significaciones, remite a la cualidad de lo que es uno o indiviso. El autoerotismo nos remitía a las pulsiones parciales a partir de las diferentes zonas erógenas. ¿Había allí unidad? Más bien podríamos pensar que ese cuerpo es una cartografía de zonas erógenas, parciales.

Primer razonamiento: si Freud considera que hay que agregar algo nuevo y si ese cuerpo es tratado como un objeto sexual, la deducción mínima que podríamos hacer es que ese cuerpo debe tener una representación como objeto total unitario, no indiviso, exterior. Es decir el yo, en el lugar de sujeto, debe poder representarse al objeto.

Segundo razonamiento: ¿el yo y el objeto se constituirían entonces en un mismo momento? Tendríamos planteado aquí el tema del sujeto y el objeto.

El yo no ama a un cuerpo sexual ajeno, sino al propio. Al dar a su cuerpo propio un trato parecido al del objeto sexual, necesariamente debemos considerar que Freud utiliza la mayoría de las veces ese término, ‘objeto sexual’, para referirse a la relación que el sujeto tiene con una persona. Podríamos pensar que esta nueva acción de constitución del narcisismo implicaría la constitución o desarrollo de un yo que ama su cuerpo logrando el mismo tipo de satisfacción que lograría con un objeto sexual. Cómo no ar-

ticular entonces que es necesario que el objeto sexual=cuerpo propio posea una representación total, una unidad. La pregunta a formular entonces sería cómo el yo logra captar, asumir su cuerpo como una unidad. Esta pregunta quedará sin respuesta en Freud, con la persistente dificultad de partir por un lado de una definición de narcisismo (Näcke) que describe una conducta perversa y, por el otro, su intento de inferir a partir de allí un momento constitutivo del yo planteado como desarrollo.

En un texto de 1910, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”, Freud señala: “Indagaciones recientes nos han llamado la atención sobre un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto. Se lo ha designado “Narzisismus”; prefiero la designación “Narzissmus”, no tan correcta tal vez, pero más breve y menos malsonante. Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de éste a la elección de objeto en una persona ajena”.

Podemos decir entonces que es necesario primero una síntesis en una unidad de las pulsiones sexuales autoeróticas. Este cuerpo propio, así definido como unidad, pasaría a ser objeto de amor del yo. Se toma a sí mismo. Otros textos posteriores vuelven a recalcar la condición de componer las pulsiones sexuales antes separadas en una unidad y el objeto de esas pulsiones es el yo propio. Entonces yo, cuerpo propio y sí mismo son equivalentes. Este yo más adelante, en 1923, será sobre todo una esencia-cuerpo, la proyección de una superficie, un objeto otro.

Lacan y su estadio del espejo. Antecedentes

¿Qué teorías de la época tomará J. Lacan para dar cuenta de la constitución del yo?

Lacan se apoya en los estudios realizados por Wallon que en 1934 publica un trabajo que se llama *Los orígenes del carácter en el niño*. Son estudios que realiza sobre el niño y su imagen especular a partir de un dispositivo como es colocar un espejo, pudiendo dar cuenta de los obstáculos que tiene el niño para poder asumir esa imagen en el espejo. Este yo se conformaría a partir de una exterioridad, de la imagen que le devuelve el espejo.

Wallon plantea que en el tercer mes de vida del niño, no hay reacción del mismo frente a su imagen en el espejo.

En el cuarto mes fija la mirada y observa su reflejo como extraño a su persona, como el de otro que no tiene nada que ver con él.

En el sexto mes hay una nueva reacción ligada a una progresiva mielinización del sistema nervioso. Sonríe a la imagen y al adulto que lo sostiene, escucha la voz del padre y se da vuelta sorprendido. Todavía no puede hacer coincidir la necesaria correspondencia entre la imagen especular y la existencia real de la persona. Para él son independientes.

En el décimo mes el niño tiende los brazos hacia su imagen como queriendo agarrarla y si uno llama al niño por su nombre, dirige su mirada a su imagen. Se señala en el espejo.

Al cabo de los doce meses se da cuenta que la imagen y la presencia real del objeto son dependientes. Hay un paso muy importante en la comprensión simbólica del espacio imaginario. Al año y tres meses el niño señala a su madre primero en el espejo y luego gira hacia ella sonriendo.

Aquí juega, finge dar preponderancia a la imagen, hay un juego con la imagen.

Lacan tomará estos estudios pero para recalcar fundamentalmente el júbilo que el niño siente frente a la captación de su imagen. La imagen le devuelve una unidad, una completud de la que él carece. Lacan toma de estudios biológicos el concepto de prematuración del ser humano en el nacimiento; a causa de una insuficiente mielinización se presenta un estado de incoordinación a nivel motor y propioceptivo en el niño. La imagen en el espejo presentaría al “infans un dominio del que carece, entonces establece con esta imagen una relación libidinal. Se ama en esa imagen. Si bien Freud en *Psicología de las masas* da cuenta de un número de identificaciones, no puede dar cuenta de cómo el yo se constituiría a partir de una identificación primera, cómo se constituiría en esa unidad corporal. No es necesario que el niño cuente con un espejo. Justamente es una construcción ficcional que permite ilustrar este proceso. La presencia de un hermanito o alguien no muy lejano en edad puede servirle como espejo. Enfrentados ambos niños tratarán de responder mutuamente ante diversas posturas y reacciones afectivas del otro.

En síntesis, Lacan ubica este momento genético del estadio del espejo como momento que permite una anticipación mental, una unidad mental frente a la prematuración del ser humano. El mito de Narciso será retomado por Lacan para recalcar también que la muerte, o sea la insuficiencia vital, también está presente.

El niño enfrentado a otro, un semejante, no sólo obedecerá a un juego postural, sino que en el plano simbólico podremos ver manifestaciones calificadas como del orden del transitivismo: cuando un niño pega al otro, manifiesta que

él ha sido pegado por el otro. Esta alienación constitutiva a la imagen de otro produce también conductas mitomaníacas en el niño: “yo no fui, fue él”. Consecuencias del efecto de esta constitución del yo serán entonces el transítivismo, la mitomanía y el sentimiento de la intrusión del otro.

Esta identificación al otro no es confortable porque ese otro de mí mismo sigue siendo otro, una dualidad interna permanece irreductible, por eso a la captura erótica de la imagen se le agrega siempre una tensión agresiva. Esta tensión agresiva forma una lógica de la exclusión, soy yo o el otro con alternancia.

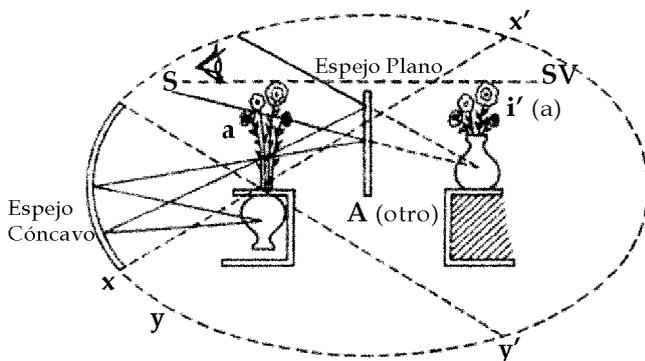
Lacan llama identificación resolutive de este estadio a la intrusión del otro y su exclusión, sin que ninguno de los dos aspectos domine sobre el otro.

En su versión de 1949 sobre “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, Lacan retomará postulados de 1938 sobre la fase del espejo como una identificación, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen. La actitud jubilosa del niño ante su imagen como una matriz simbólica en la que el yo se constituye antes de entrar en la dialéctica de las identificaciones con el otro. Las identificaciones fruto del complejo de Edipo serán identificaciones secundarias. El padre entrará como rival luego que para el niño se ha planteado a partir del espejo la rivalidad con el semejante. Ese semejante, ese fraterno que nos introduce en la dialéctica social, en lo que tiene que ver con los celos y la rivalidad. El yo constituirá sus objetos en una equivalencia por la rivalidad con el otro, es el deseo por el objeto del deseo del otro.

Posteriores elaboraciones del estadio del espejo a partir de una experiencia de la óptica le permiten situar a Lacan

el espejo en el Otro, la madre u otro que ocupara el lugar que desde el lugar del Ideal del Yo introduciría al sujeto en el mundo simbólico, el mundo de la palabra. Es a partir de estos rasgos del ideal que el sujeto construirá su imagen, ese yo ideal, 'i (a)', en un registro imaginario y, a partir del asentimiento del Otro, podrá amarse en esa imagen proyectada.

Un último desarrollo del estadio del espejo introduce lo que es del orden de la falta, no todo va a poder ser reflejado en esa imagen. Algo del orden de la castración impone la falta en relación al falo y abrirá la posibilidad de que distintos objetos pulsionales vengan en su lugar. Esa 'x' que es algo que no se puede reflejar, que viene del Otro, que no puede ser captado por la imagen. Lacan va a nombrarlo 'objeto a'. El sujeto se preguntará, a partir de ese algo que no es especularizable, qué objeto soy para el deseo del Otro. De todas formas esto traerá un cierto problema en el desarrollo del estadio del espejo, como lo señala Jean Allouch, ya que si el 'objeto a' no es especularizable, ya no podría ingresar en ningún juego de reflexión.



El estadio del espejo

Jorge Pacheco

El estadio del espejo en Jacques Lacan

...diversas especies de espejismos imaginarios (...)son causa de que se haga memoria de mi estadio del espejo por la virtud de la imagen y por obra y gracia del espíritu santo del lenguaje, ¡Vaya! -se suele decir-, esto hace pensar en la famosa historia de Lacan, El estadio del espejo, ¿qué decía exactamente?”¹

Acerca de los textos

Lacan comienza en el XIV Congreso Internacional de Psicoanálisis en Marienbad², desarrollando el concepto del estadio del espejo. “Entré al psicoanálisis con una escobilla que se llamaba el Estadio del espejo”³, refiere su autor.

Posteriormente hay una exposición efectuada por Jacques Lacan en el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en Zurich en el año 1949, titulado: “El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. Este texto hará las veces de eje que nos reconducirá a distintos artículos.

Otros textos que también aportan importantes significaciones son “La Familia” (1938), “Acerca de la causalidad psíquica” (1946), “La agresividad en el psicoanálisis” (1948), y el *Seminario I*; entre otros.

¹ Lacan, Jacques. “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.

² Checoslovaquia, 1936.

³ Miller, Jacques A. *Recorrido de Lacan*, Manantial, Buenos Aires, 1984.

El niño frente a su imagen especular.
Wallon. La noción del cuerpo propio. La imagen y la etología

El concepto (*estadio del espejo*) alude por un lado a una experiencia iluminante de la psicología comparada, estudios conducidos principalmente por su contemporáneo el francés Henry Wallon quien, de alguna manera, sistematizó las experiencias que se habían efectuado al respecto, vale decir qué sucede en el humano y en el animal frente al espejo.

La psicología comparada y la etología brindaron numerosos ejemplos de animales que sometidos a la percepción de su imagen mostraban conductas curiosas dignas de estudio. Un ejemplo de esto entre muchos otros lo constituye el de la ovulación de la paloma aislada de sus congéneres, enfrentada a su imagen.

“Las experiencias de Harrison demuestran que la ovulación esta determinada por la visión de la forma específica del congénere, con exclusión de toda otra forma sensorial de la percepción y sin que sea necesario que se trate de la visión de un macho.

Ubicadas en un mismo recinto con individuos de ambos sexos, pero en jaulas fabricadas de manera tal que los sujetos no se puedan ver, sin dejar de percibir sin obstáculo alguno, sus gritos y su olor, las hembras no ovulan. A la inversa, es suficiente que dos sujetos puedan contemplarse, así sea a través de una placa de vidrio que basta para im-

⁴ Podemos mencionar entre otras famosas experiencias efectuadas en animales ante el espejo: el pato de Turquía (ante la pérdida de su pareja), el saltamontes peregrino que cambia su pigmentación y su estado solitario al gregario ante la vista de su congénere. Para una profundización véase Konrad, Lorenz *El comportamiento animal y humano*, Plaza y Janés, Barcelona, 1972.

pedir todo desencadenamiento del juego del pareo, estando la pareja así separada compuesta por dos hembras, para que el fenómeno de ovulación se desencadene dentro de plazos que varían: de doce días, en el caso del macho y la hembra con el vidrio interpuesto, a dos meses, en el de dos hembras”.

“Pero hay un punto aún más notable: la mera visión por el animal de su propia imagen en el espejo basta para desencadenar la ovulación al cabo de dos meses y medio.”⁵

Vayamos ahora al ámbito del cachorro humano, qué pasa allí cuando el niño es enfrentado con el espejo. Aquí seguiremos algunas consideraciones de H. Wallon⁶ que podríamos sintetizar de la siguiente forma.⁷

Mientras el infante está recorriendo los dos primeros años de su vida sucede lo siguiente:

1º) De 0 a los 3 meses, se desinteresará de todo lo que ve en el espejo (período de indiferenciación).

- Es insensible a las imágenes del espejo (por ser exteroceptivas).
- Caracterizada por el predominio sensible interoceptivo.
- Su atención se dirige dentro de su cuerpo y es indiferente a su alrededor.

2º) De los 4 a los 7 meses, pondrá su atención en los otros (período de yuxtaposición).

⁵ Lacan, J. “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987. (El subrayado es mío)

⁶ Wallon, H. *Los orígenes del carácter en el niño*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975. (1ª edición 1934).

⁷ Cazau, Pablo. “Wallon y el niño frente al espejo”, *El observador psicológico*, Vol. I, n° 8, Nov.-Dic.1994, p. 362.

- Inicio de las funciones exteroceptivas propiamente dichas.
- Atiende y sonríe especialmente a la imagen del otro.
- Cree tan real a la persona como su imagen (realismo de la imagen).
- Hay “asociaciones intersensoriales”, por ejemplo, la vía sensitiva exteroceptiva e interoceptiva (nueva vía asociativa mielinizada).

En este período el niño atiende especialmente a la imagen del otro. Podemos pensar que esto ocurre porque es lo único que el niño puede comparar con algo conocido. Cuando el niño mira al espejo, lo único que reconoce es a los otros, porque ya los había visto antes directamente. Incluso cuando ve su propia imagen aún cree que es otro, alguien que está ahí, tan real como todos los demás.

3º) De los 8 a los 18 meses finalmente atenderá particularmente a su propia imagen (período instrumental-simbólico⁸).

- Atiende y sonríe especialmente a su propia imagen.
- Concibe la imagen como subordinada a la persona real, o sea como una representación simbólica situada en un espacio suprasensorial.
- Adquiere actividad instrumental y animismo.

Es importante destacar que en esta etapa el niño mira su imagen en el espejo cada vez que alguien lo llama por su nombre. Esto es muy significativo porque entonces no es a su yo propioceptivo al que aplica aquí su nombre, sino a la imagen exteroceptiva que el espejo le devuelve.

⁸ El término no alude estrictamente al utilizado por Wallon, pero conceptualmente preserva el acento asignado a esta categoría por el autor.

Las representaciones del cuerpo solo pueden formarse al exteriorizarse, solo puedo representar mi cuerpo si lo puedo ver entero y de un golpe de vista, percepto privilegiado que me da precisamente la imagen especular. (...) Y a través de ésta, preludia la actividad simbólica: “considerando que la imagen (total percibida en el espejo) es una representación simbólica de sí mismo”.

Luego de estas tres etapas se desembocará en la toma de conciencia y la individuación del propio cuerpo.

Prematuridad. El destete. Fetalización. “Discordancia primordial”. De la insuficiencia a la anticipación

Prosiguiendo, luego de las experiencias evidenciadas en el cachorro humano, es necesario hacer mención correlativa de este estado de “tensión vital” manifiesto desde el nacimiento a resolverse en una “intención mental”.

Ya Freud había insistido sobre esta idea fundamental del estado incompleto del ser humano en el momento de su nacimiento. Lo denominaba prematuridad o prematuración del nacimiento en el hombre; lo cual se demostraba objetivamente por el estado anatómicamente incompleto del sistema piramidal, y por la falta de coordinación motriz de los primeros meses. En otros términos, “la incompletud y el atraso del desarrollo del neuraxis durante los primeros seis meses, fenómenos bien conocidos por los anatomistas (...) y que son patentes en la incoordinación motriz y equilibratoria del lactante”⁹.

“Este dato es reconocido por los embriólogos bajo el término de fetalización; para determinar la prevalencia de

⁹ Lacan, J. “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.

los aparatos llamados superiores del neuroeje y especialmente de ese córtex que las intervenciones psicoquirúrgicas llevaron a concebir como el espejo intraorgánico”¹⁰.

En función de ese atraso de desarrollo, adquiere la maduración precoz de la percepción visual su valor de anticipación funcional; de la cual resulta, por una parte, la marcada prevalencia de la estructura visual en el reconocimiento tan anticipado de la forma humana, mientras que por la otra, las probabilidades de identificación con ésta reciben un apoyo decisivo, que va a constituir en el hombre ese nudo imaginario.

Es indudable que la primera edad muestra una deficiencia biológica positiva, y que el hombre es un animal de nacimiento prematuro. Lacan relaciona este hecho con el destete: “el que separa en el nacimiento al niño de la matriz, separación prematura en la que se origina un malestar que ningún cuidado materno puede compensar.”¹¹

Para Lacan esta relación con la naturaleza, del organismo con su realidad, del *Umwelt*¹² con el *Innenwelt*¹³, está alterada en el hombre por cierta dehiscencia del organismo en su seno, por una discordancia primordial que traicionan los signos de malestar y la incoordinación motriz de los meses neonatales”. Esto, en el sentido de que el hombre nace con una prematuración específica que los embriólogos denominan *fetalización*¹⁴. Así, el desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: “El estadio del es-

¹⁰ Lacan, J. “El estadio del espejo...”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, pp. 89-90.

¹¹ Lacan, J. *La familia*, Ed. Argonauta, p. 38.

¹² Mundo natural, mundo circundante.

¹³ Mundo interior, mundo propio.

¹⁴ Investigada, por ejemplo por Lois Bolk (1866-1930)

pejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación”¹⁵.

A partir de esta insuficiencia y de una imagen fragmentada del cuerpo, el niño puede anticipar imaginariamente la aprehensión y el dominio de su unidad corporal. Veamos pues cómo es que se llega a esto.

El estadio del espejo como una identificación

Basta “comprender el estadio del espejo *como una identificación* en el sentido pleno que el análisis da a este término a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen”¹⁶.

Según J. Lacan en la fase del espejo el niño, situado todavía en un estado de impotencia e incoordinación motriz, anticipa imaginariamente la aprehensión y dominio de su unidad corporal. Y esta unificación imaginaria se efectúa por *identificación* con la imagen del semejante como total, que se ilustra y actualiza por la experiencia concreta en la que el niño percibe su propia imagen en el espejo.

Es importante diferenciar dentro del concepto de identificación las siguientes:

La identificación primaria, también denominada fundante, es la marca significante primera o “rasgo unario”, el primer rasgo que marca al sujeto y lo define según el significante paterno en la relación edípica. Esto primario, constitutivo en el proceso de identificación, tiene que ver con el ejercicio de la ley paterna; y es lo que va a posibili-

¹⁵ Lacan, J. “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je), tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 90.

¹⁶ *Ibíd.*, p.87.

tar a la primera identificación.

La primera identificación es en relación a la función de reconocimiento, está sostenida en el orden de la imago especular o estadio del espejo. Para Lacan es el sujeto que reconoce su imagen en el espejo tomando esa imagen como un otro y haciendo una analogía en referencia a los otros para marcar su diferencia. Es la base de las identificaciones imaginarias del niño en relación a la semejanza con los otros.

En síntesis, la identificación fundante tiene que ver con la acción constitutiva del sujeto en la represión originaria que instituye sus primeras relaciones fantasmáticas con el objeto. Mientras que la primera identificación es en relación con la función de reconocimiento (estadio del espejo o imago especular).

Pero la única cosa que cautiva, atrae y aliena al yo en la imagen del otro es todo aquello de la misma que está connotado como sexual (de allí la importancia del proceso narcisista).

La identificación imaginaria que da origen al yo es más que una serie de imágenes sucesivas, el yo se forma con las imágenes que le permiten confirmar su naturaleza imaginaria de ser sexual.

Por esto decimos que en la identificación imaginaria, el yo se aliena en la imagen del otro. En otras palabras, citando a Lacan: “la serie de fenómenos tales, que van desde la identificación especular hasta la sugestión mimética y la seducción de prestancia (...) se inscriben en una ambivalencia primordial que se nos presenta en espejo, en el sentido de que el sujeto se identifica en su sentimiento de sí con la imagen del otro, y la imagen del otro viene a cautivar en él, ese sentimiento”¹⁷.

¹⁷ “Acerca de la causalidad psíquica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.

Imago. Imago del cuerpo despedazado
Imago del cuerpo propio

Este paso entonces nos remite al antecedente del concepto de *imago*. No olvidemos que ya en 1936 en Marienbad pronunciaba “Si entendemos el estadio del espejo como una identificación... (y a ésta) el análisis le da el sentido de: (...) transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto está suficientemente indicada por el uso en la teoría del término antiguo *imago*.”¹⁸

A este respecto recordemos que el término *imago* aparece de la mano de Jung en 1911 y aludiría a la pervivencia imaginaria de alguno de los elementos intervinientes en aquellas primeras relaciones intersubjetivas reales y fantaseadas con el ambiente familiar¹⁹. También, como prototipo inconsciente, orienta afectivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás.

Imago del cuerpo fragmentado: entre las diversas *imagos* “las hay que representan los vectores electivos de las intenciones agresivas, o las que proveen de una eficacia que podríamos llamar mágica. Son las imágenes de castración, de eviración de mutilación, de desmembramiento, de dislocación, de destripamiento, de devoración, de reventamiento del cuerpo, en una palabra las imagos que personalmente he agrupado (...) *imagos del cuerpo fragmentado*”²⁰.

Hay aquí una relación específica del hombre con su

¹⁸ Lacan, J., “El estadio del espejo como...”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 87.

¹⁹ Lapanche y Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*, Ed. Labor, Barcelona, 1981. Término “Imago”.

²⁰ Lacan, J. “La agresividad en psicoanálisis” *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987 p. 97.

propio cuerpo que se manifiesta igualmente en diversas prácticas sociales, ritos del tatuaje, de la incisión, de la circuncisión en las sociedades primitivas, hasta (...) lo arbitrario (...) de la moda”²¹.

“No hay sino que escuchar la tabulación y los juegos de los niños aislados o entre ellos, entre dos y cinco años, para saber que arrancar la cabeza y abrir el vientre son temas espontáneos que la experiencia de la muñeca despanzurrada no hace más que colmar”²².

“Hay que ojear un álbum que reproduzca el conjunto y el detalle de la obra de Jerónimo Bosco para reconocer en ellas el atlas de todas las imágenes agresivas que atormentan a los hombres...”²³.

“Volvemos a encontrar constantemente estas fantasmagorías en los sueños, particularmente en el momento en que el análisis parece venir a reflejarse sobre el fondo de fijaciones más arcaicas.”

“Son todos estos datos primarios de una Gestalt propia de la agresión en el hombre y ligada al carácter simbólico.”²⁴

Lacan debe, a raíz de esto, atender a esa filiación establecida entre la imagen de dislocación corporal y la agresividad subyacente a ella. Así lo enuncia la tesis II de “La agresividad en Psicoanálisis”.

²¹ *Ibíd.*, p. 97.

²² *Ibíd.*, p. 98.

²³ *Ibíd.*, p. 98.

²⁴ *Ibíd.*, p. 98.

Imago del cuerpo propio

Gestalt visual del propio cuerpo, unidad ideal, imago salvadora que constituye la imago opuesta a la del cuerpo despedazado.

“Lo que he llamado el estadio del espejo tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la Gestalt visual de su propio cuerpo; es con relación a la incoordinación todavía muy profunda de su propia motricidad, unidad ideal, imago salvadora; es valorizado con toda la desolación original, ligada a la discordancia intraorgánica y relacional de la cría de hombre, durante los seis primeros meses, en los que lleva los signos (...) de una prematuración fisiológica”²⁵. Y “...es esta captación por la *imago* de la forma humana, la que entre los 6 meses y los 2 años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño en presencia del semejante...”²⁶.

La adquisición de esta imago en el estadio del espejo constituye un logro, que de alguna manera supera la insuficiencia biológica hasta este grado de anticipación mental. Ortopedización de la fragmentación propia de las sensaciones interoceptivas y propioceptivas que caracterizan la fetalización.

Celos primordiales

“Este momento en que termina el estadio del espejo inaugura, por la identificación con la imago del semejante y el drama de los celos primordiales, la dialéctica que desde

²⁵ *Ibíd.*, p. 105.

²⁶ *Ibíd.*, p. 105.

entonces liga al yo (*je*) con situaciones socialmente elaboradas”²⁷.

Como vemos se está ligando la finalización del estadio del espejo con la identificación de la imago del semejante y ésta, a su vez, con el drama de los celos primordiales.

“Esos celos cuyo valor iniciador entreveía ya San Agustín de manera fulgurante”, adelantándose al psicoanálisis al darnos una imagen ejemplar de un comportamiento tal en estos términos: “Vi con mis propios ojos y conocí bien a un pequeñuelo presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche.”²⁸ Así anuda imperecederamente, con la etapa *infans* (de antes de la palabra) de la primera edad, la situación de absorción especular: contemplaba la reacción emocional: ‘todo pálido’, y esa reactivación de las imágenes de la frustración primordial: ‘y con una mirada envenenada’, que son las coordenadas psíquicas y somáticas de la agresividad original.

Las observaciones experimentales del niño (Ch. Bühler), así como las investigaciones psicoanalíticas, han permitido esclarecer el papel de la estructura de los celos infantiles en la génesis de la sociabilidad y acceder así a su conocimiento como hecho humano. El punto crítico revelado por estas investigaciones es que los celos, en su base, no representan una rivalidad vital sino una identificación mental.

“El yo se constituye al mismo tiempo que el otro en el drama de los celos. Para el sujeto se produce una discordancia que interviene en la satisfacción especular debido a

²⁷ *Ibíd.* p. 91.

²⁸ San Agustín, *Confesiones*, Libro I, cap. VII.

la tendencia que ésta sugiere. Ello implica la introducción de un objeto tercero que reemplaza a la confusión afectiva y a la ambigüedad especular mediante la concurrencia de una situación triangular. (...) Una vez más los celos humanos se distinguen de la rivalidad vital inmediata, ya que constituyen su objeto en mayor medida de lo que los determina: se revelan así como el arquetipo de los sentimientos sociales.”²⁹

El yo así concebido no alcanza antes de los tres años su constitución esencial, ésta coincide con la objetividad fundamental del conocimiento humano. Es notable que la riqueza y el poderío de este conocimiento se basen en la insuficiencia vital del hombre en sus orígenes.

Conocimiento paranoico

“Designé así (...) lo que apunta a las afinidades paranoicas de todo conocimiento de objeto en cuanto tal. Todo conocimiento humano tiene su fuente en la dialéctica de los celos. (...) ésta es una noción genérica observable. Entre niños pequeños lo que sucede entraña ese transitivismo fundamental que se expresa en el hecho de que un niño que le pegó a otro pueda decir ‘el otro me pegó’. No miente: *él* es el otro, literalmente.

El hecho de que el mundo humano esté cubierto de objetos se fundamenta en que el objeto del interés humano es el objeto del deseo del otro.

¿Cómo es esto posible? Porque el yo humano es el otro y al comienzo el sujeto está más cerca de la forma del otro que del surgimiento de su propia tendencia. En el origen él es una colección incoherente de deseos -éste es el verdade-

²⁹ Lacan, J. *La familia*, Ed. Argonauta, p. 57-58.

ro sentido de la expresión cuerpo fragmentado- y la primera síntesis del *ego* es esencialmente *alter ego*, está alienada.

El sujeto humano deseante se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad, y el primer abordaje que tiene del objeto es el objeto en cuanto objeto del deseo del otro.³⁰

Esto define, en el seno de la relación de la palabra, algo que proviene de un origen diferente, exactamente la distinción entre el imaginario y lo real. En el objeto está incluida una alteridad primitiva, por cuanto primitivamente es objeto de rivalidad y competencia. Sólo interesa como objeto de deseo del otro.

Conocimiento paranoico es un conocimiento instaurado en la rivalidad de los celos, en el curso de esa identificación primera que intenté definir a partir del estadio de espejo. Esta base de rivalidad y competencia en el fundamento del objeto es, precisamente, lo que es superado en la palabra, *en la medida en que concierne al tercero*³¹.

La palabra es siempre pacto, acuerdo, nos entendemos, estamos de acuerdo esto te toca a ti, esto es mío, esto es esto y esto es lo otro. Pero el carácter agresivo de la competencia primitiva deja su marca con toda especie de curso sobre el otro con minúscula, sobre el Otro en cuanto tercero, sobre el objeto.

Esta dialéctica entraña siempre la posibilidad de que yo sea intimado a anular al otro.

Narcisismo primario y agresividad

El narcisismo primario y la agresividad es un tema bá-

³⁰ Lacan, J. *Op. Cit.*, p. 61.

³¹ El subrayado es mío.

sico para comprender la función del estadio del espejo. Existen diversas citas en las cuales Lacan hace especial referencia a ella. Ya en el estadio del espejo en un párrafo menciona “la relación evidente de la libido narcisista con la función enajenadora del yo (*je*), con la agresividad que se desprende de ella en toda relación con el otro, aunque fuese la de la ayuda más samaritana.”

En “La agresividad en psicoanálisis” menciona en la tesis número IV lo siguiente: “La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característicos de su mundo.”³² También en este trabajo expresa: “La noción de una agresividad como tensión correlativa de la estructura narcisista en el devenir del sujeto, permite comprender en una función muy simplemente formulada toda clase de accidentes y de atipias de este devenir.”³³

Existe una vinculación entre el narcisismo, lo que se funda en esa alienación yoica de la imagen del espejo, y la agresividad cuando el que ocupa el lugar de la imagen en el espejo es uno igual a mí. Se dice entonces que la agresividad está directamente ligada con el narcisismo, lo cual da pie para rechazar toda teoría que funde a la misma en la frustración. El sujeto agrede porque hay una relación de identificación a un otro que es igual que él y no porque el otro no le dio lo que necesitaba, como dice la teoría basada en la psicología animal. Hay agresión porque se necesita expulsar los datos atomizados de la alienación yoica.

En otras palabras, en la fase del espejo el sujeto se constituye según cierta matriz que consta de dos polos:

³² *Escritos*, p. 102.

³³ *Ibíd.*, p. 109.

tendencia a la unificación y peligro de la atomización: el cuerpo despedazado, por una parte y, por otra, el sujeto que se toma a sí mismo por la imagen unificada que ve en el espejo. El destino del cuerpo despedazado (en la relación del sujeto consigo mismo) va a ser, al introducirse otro sujeto, el origen de la agresividad. La relación con otro es una relación doble. El sujeto utiliza al otro para alimentar su propia libido narcisista.

Identificándome con el otro, me unifico a mí mismo; pero al mismo tiempo, expulso en el otro los pedazos de mi atomización. Se entiende con esto de dónde sale el bombardeo agresivo de las partes, que constituye la base del modelo kleiniano.

Sintetizando, el narcisismo y la agresividad se constituyen en un único tiempo que sería el de la formación del yo en la imagen del otro.

El yo como instancia ilusoria

La concepción del estadio del espejo no pareció indigna de ser recordada a Uds. “En razón de las luces que aporta sobre la función del yo, experiencia de la que hay que decir que nos opone a toda filosofía derivada directamente del *cogito*.”³⁴ De esta forma Lacan introduce su artículo criticando el basamento de las teorías (psicológicas o psicoanalíticas) que funden su garantía en el yo, como instancia de armonía y autonomía. Expresándolo en una metáfora tópica: “el sujeto esta descentrado con respecto al indi-

³⁴ Lacan, J. “El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*), tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 86.

viduo, es decir, yo es otro”³⁵.

En “El estadio del espejo” encontramos que dicha fase se basa en la relación entre, por una parte, cierto nivel de tendencias experimentadas como desconectadas, discordantes, fragmentadas y, por la otra, una unidad con la cual se confunde y aparece. Esta unidad es aquella en la cual el sujeto se conoce por vez primera como unidad, pero la misma es alienada y virtual. Al parecer, el hombre vive allí una experiencia privilegiada. Se trata de una dialéctica que está presente en la experiencia a todos los niveles de la estructuración del yo humano.

“La significación decisiva para nosotros *de la enajenación constituyente del Urbild del yo*³⁶, aparece en la relación de exclusión que estructura desde ese momento en el sujeto la relación dual de yo a yo. Pues si la captación imaginaria del uno al otro debería hacer que los papeles se distribuyesen de manera complementaria entre el notario y el notariado por ejemplo, la identificación precipitada del yo con el otro en el sujeto tiene como efecto que esta distribución no constituya nunca una armonía ni siquiera cinética, sino que se instituya sobre el “tú o yo” permanente de una guerra en que está en juego la existencia del uno o el otro de dos notarios en cada uno de los sujetos.”³⁷

³⁵ Lacan, J. *Seminario 2*, “El yo en la teoría freudiana y en la técnica psicoanalítica”, Piados, Bs. As., 1983, p. 20.

³⁶ El resaltado es mío.

³⁷ Lacan, J. “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en Psicoanálisis”, *Escritos 1*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 411.

Yo ideal e ideal del Yo

El estadio del espejo en el complejo de Edipo

Para J. Lacan el *ideal ich* (yo ideal) constituye una formación esencialmente narcisista, que tienen su origen en la fase del espejo y que pertenece al registro de lo imaginario³⁸.

En relación a este tema, así se expresa en “El Estadio del Espejo como formador de la función del yo (*je*)”: “el yo (*je*) formal se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. Esta forma primordial debería designarse *como ideal ich (yo ideal)*, si quisiéramos hacerla entrar en un registro conocido, en el sentido que será también el tronco de las identificaciones secundarias”.

En otros términos, la relación simbólica define la posición del sujeto como vidente. La palabra, la función simbólica, define el mayor o menor grado de perfección, de completitud, de aproximación de lo imaginario. La distinción se efectúa en esta representación entre el ideal *ich* y el *ich* ideal. El ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación depende el carácter satisfactorio de la estructuración imaginaria.

“El *Ich-Ideal*, ideal del yo, es el otro en tanto hablante, el otro en tanto tiene conmigo una relación simbólica, sublimada, que en nuestro manejo dinámico es a la vez semejante y diferente a la libido imaginaria. El intercambio

³⁸ Lacan, J. “Observación sobre el informe de Daniel Lagache. Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 627.

simbólico es lo que vincula entre sí a los seres humanos, o sea la palabra, y en tanto tal, permite identificar al sujeto. (...) El *Ich-Ideal* (ideal del yo), en tanto hablante, puede llegar a situarse en el mundo de los objetos a nivel del *Ideal-Ich* (yo ideal), o sea en el nivel donde puede producirse esa captación narcisista (...) En el momento en que se produce esta confusión, no hay ninguna regulación posible del aparato (cuando se está enamorado se está loco). En el amor se ama al propio yo, al propio yo realizado a nivel imaginario.”

La mediación del ideal del yo

Según J. David Nasio “el ideal del yo actúa como mediador y regula las relaciones entre el yo y el yo ideal”.

El niño que está capturado por la imagen del otro percibe su deseo en ese otro, al mismo tiempo se produce una tensión: habría que destruir a este otro que es él mismo ya que ve su perfección y su deseo realizados en él, a tal punto que en la plenitud de esta lógica especular llega al deseo de la muerte del otro. Semejante relación (entre yo y yo ideal) se torna inhabitable, ya que no hay subjetivación: el sujeto no se reconoce en el yo ideal porque allí se encuentra tan solo capturado. Por ello, “es el ideal del yo simbólico el que podrá regular las relaciones entre el yo y el yo ideal”.

Para el mismo autor el *ich* ideal (ideal del yo) “corresponde a un conjunto de rasgos simbólicos implicados por el lenguaje, la sociedad y las leyes. Estos rasgos son introyectados y mediatizan la relación dual imaginaria: el sujeto encuentra un lugar en un punto -el ideal del yo- desde donde se ve como susceptible de ser amado, en la medida

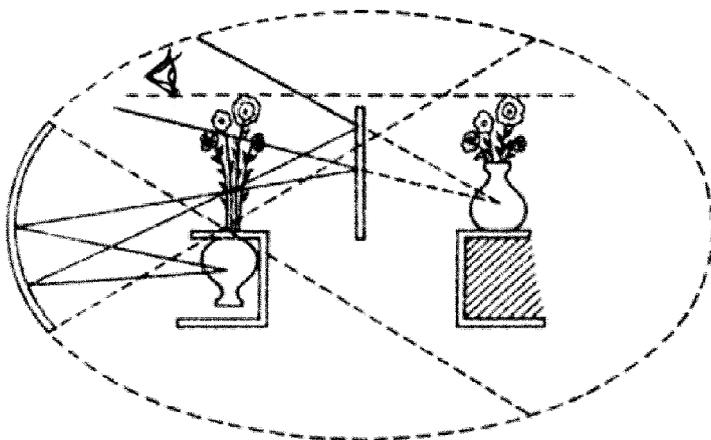
en que satisface determinadas exigencias.”

Lo simbólico llega a prevalecer sobre lo imaginario, el ideal de yo sobre el yo. De esa manera lo simbólico se superpone a lo imaginario y lo organiza.

En 1954 Lacan dirá que es el ideal del yo, simbólico, el que sostiene al narcisismo. El *ich* ideal representa una introyección simbólica (por oposición al yo ideal, asimilado a una proyección imaginaria) que se construye con el significante del padre como tercero en una relación dual con la madre.

Existen varias vías para intentar desentrañar el papel del “estadio del espejo” en “el complejo de Edipo”. Y por supuesto qué mejor que el texto lacaniano para que nos rescate e intentar esclarecer esta posible filiación entre la fase que estudiamos y el complejo, piedra angular de la teoría psicoanalítica.

Hay un artículo donde el autor hace una referencia bastante concreta. La cita puede ser rastreada en el *Seminario I*, Capítulo X, cuando Lacan está valiéndose del esquema del florero o ramillete invertido, comparando esta situación con la experiencia del sujeto. Lacan viene de mencionar a través del experimento “la difícil acomodación que representa lo imaginario en el hombre” y prosigue diciendo: “podemos suponer ahora que la inclinación del espejo plano está dirigida por la voz del otro. *Esto no existe a nivel del estadio del espejo*, sino que se ha realizado posteriormente en nuestra relación con el otro en su conjunto: *la relación simbólica*.”



“Puede comprenderse entonces que la regulación de lo imaginario depende de algo que está situado de modo trascendente (...) siendo lo trascendente en esta ocasión ni más ni menos que el vínculo simbólico entre los seres humanos.”³⁹

Creemos que la mención es esclarecedora en el sentido del rol que cumpliría el estadio del espejo en el Edipo; vale decir: las experiencias que constituyen el perfil imaginario de una persona no integran los procesos que conciernen el registro simbólico, registro donde se juega toda la trama edípica. Ámbito que sobredetermina lo imaginario rebasándole de manera determinante.

³⁹ “Los escritos técnicos de Freud”, Cap. X, *Seminario I*, Siglo XXI, Bs. As., 1987, p. 213.

Las series pulsionales

Jorge Assef, Leticia De Bortoli, Eugenia Stechina

Diferencias y Articulación

Lo que conocemos como series de elección de objeto en psicoanálisis es la elaboración de autores como Lacan y los que lo estudiaron posteriormente que, para explicar los fenómenos intersubjetivos del amor y del deseo, recurrieron a ordenar en la obra de Freud los hitos que él mismo descubre y conceptualiza como estructurantes de la forma de amar y de gozar del sujeto.

En este trabajo nos proponemos corroborar si es que en la obra freudiana podemos encontrar estas series ordenadas como tales, y finalmente articuladas en el encuentro de un objeto deseado y amado, donde ambas confluyen. Es decir, si es posible en Freud delimitar una primera serie pulsional que hace al desarrollo de la pulsión en tanto siempre autoerótica, y una segunda serie que hace referencia al amor en tanto narcisista y constitutivo del yo del sujeto. Esto a su vez, plantea el desafío de corroborar la articulación de ambas series en lo que Freud definirá como la elección “normal” de un objeto sexual.

I. La noción de objeto

La noción de objeto del deseo en la obra freudiana es una distinción central que involucra la teoría, la práctica y la ética del psicoanálisis. En nuestro caso el punto de partida, para entender todo el desarrollo posterior, es dejar en claro el lugar fundamental que ocupa el objeto del deseo para Freud.

Durante 1895, en el *Proyecto de psicología*, Freud explicaba, con un lenguaje cargado del biologismo fisiologista reinante en la ciencia de la época, que las neuronas del núcleo “psi” al ser “llenadas” buscaban la descarga, pero que de ninguna manera producían un “aligeramiento” pues los estímulos internos continuaban produciendo tensión, cuya acumulación genera displacer. La cancelación temporaria de aquella se logra solo mediante una “acción específica” que produzca una alteración en el mundo exterior. Dado que al inicio de la vida el sujeto no puede realizar por sí mismo esa acción, ésta le sobreviene a través de una ayuda del mundo externo, representado por un adulto que percibe su necesidad, y así logra que se produzca el mecanismo interno necesario para cancelar el estímulo endógeno. Freud dirá que toda esta operación constituye una “vivencia de satisfacción”.

Luego Freud continúa explicando que, por medio de conexiones y procesos neuronales, posteriormente a la vivencia de satisfacción se genera una “facilitación entre dos imágenes-recuerdos. Estos serán animados cuando sobrevenga nuevamente el estado de “esfuerzo o de deseo”: “Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la reanimación del deseo.”¹ Es decir, lo que se busca es una satisfacción idéntica a la vivenciada a través de una alucinación, un desengaño, ya que la satisfacción original no puede ser revivida en su carácter idéntico. Entonces, la memoria busca la repetición de una satisfacción que nunca volverá a alcanzarse, como ese otro que brinda la satisfacción, otro que ahora está perdido.

A ese otro se refiere Freud en la “Carta 52” (p. 280) al hablar del ataque histérico como una acción que persigue

¹ *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 364.

la reproducción del placer. “Apunta a otra persona, pero fundamentalmente a ese otro prehistórico, inolvidable, ese otro a quien nadie luego igualará.”

Freud señala que para la satisfacción de la necesidad hace falta una acción específica, mientras que para la satisfacción de la realización del deseo se necesita de la identidad de percepción como regla de la alucinación².

Diana Rabinovich afirma que “Esta partición entraña la instauración de un abismo en la supuesta complementariedad del sujeto y el objeto en la satisfacción de la necesidad (...) La realización del deseo aparta al sujeto del camino de la satisfacción, encaminándolo hacia una búsqueda infructuosa desde la perspectiva adaptativa, búsqueda signada por la repetición, búsqueda de una percepción primera que tiene como marco una mítica primera vez...”³

Freud dedicará todo la primera parte de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) a mostrar la falta de lazo natural que determine un objeto para un sujeto, y hará mención al objeto como perdido, como lugar de falta a lo largo de toda su obra de diferentes maneras.

Este lugar de objeto como perdido nos permite la entrada a ambas series pulsionales, que ahora comenzamos a desarrollar.

II. Primera serie pulsional

Consideramos que en Freud es posible la lectura de las dos series pulsionales diferenciadas.

² Freud, S. *La interpretación de los sueños*, Vol. V, Cap. VII, Apartado C, *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.

³ Rabinovich, Diana, *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, Manantial, Bs. As., 1993, p. 11.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) se hace posible la lectura de la primera de ellas, la serie del desarrollo libidinal, o serie del objeto pulsional. En este texto Freud observa que la sexualidad infantil tiene tres caracteres esenciales:

- Es “*autoerótica*”, porque no tiene un objeto sexual ajeno, por consiguiente la pulsión se satisface en el cuerpo propio.
- Está regida por una “*zona erógena*”, la cual se define como un “sector de la piel o de mucosa en el que, estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad”⁴.
- En 1915, agrega la siguiente consideración: que la sexualidad infantil nace “*apuntalándose*” en una de las funciones corporales importantes para la vida.

Conforme a esto agrega en el mismo texto: “la meta de la pulsión infantil consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena, para que se cree una necesidad de repetirla, esta satisfacción tiene que haberse vivenciado antes.”⁵ A su vez la modalidad de satisfacción varía de acuerdo a la zona erógena que impera en los distintos momentos de la sexualidad infantil. De esta manera, la zona erógena donde se apuntala la pulsión, determina las diferentes etapas de la evolución de la libido, lo cual constituye la primera serie pulsional.

⁴ *Tres ensayos de teoría sexual, Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 166.

⁵ *Ibid.*, p.167.

Etapa Oral

La primera ocasión que ofrece al niño una experiencia de satisfacción es el mamar del pecho materno o sus subrogados. En un principio no hay diferenciación entre la actividad sexual y la nutrición, comparten el mismo objeto. En este momento la meta sexual es la incorporación del objeto (paradigma de la identificación). Sólo más tarde la necesidad de satisfacción sexual se va a diferenciar de la búsqueda de alimento. De esta manera, la acción del niño chupeteador se va a regir por la búsqueda de un placer que ha sido vivenciado antes y es ahora recordado.

Según Freud, el niño no buscará un objeto ajeno, sino que elegirá una parte de su propio cuerpo para procurarse satisfacción y así evitar toda dependencia del mundo exterior, porque a éste no puede dominarlo.

Esta primera organización pregenital está regida por la zona erógena de la boca y en virtud de ésta recibe el nombre de “*etapa oral o canibálca*”.

En un párrafo de *Tres ensayos de teoría sexual* dice: “Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde (...) Después la pulsión sexual pasa a ser regularmente autoerótica (...) el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo (encuentro) de un objeto es propiamente un reencuentro.”⁶

⁶ *Ibid.*, pp. 202-203.

Etapas sádico-anal

En la segunda fase de la organización pregenital, la pulsión se apuntala en las funciones corporales de la zona anal, de allí su nombre: “*etapa sádico-anal*”.

Esta zona presenta un alto valor erógeno debido a los trastornos intestinales frecuentes de la infancia, los cuales procuran constantes excitaciones. A su vez, cabe recordar la importancia que cobran las heces como portadoras de diferentes significados, lo cual permite el establecimiento de las equivalencias psíquicas heces-regalo-dinero-pene-hijo.

Si bien en esta fase no se puede hablar de la oposición masculino-femenino, puede observarse en ella una división de opuestos que se expresa en los términos de activo y pasivo.

Freud en *Tres ensayos...* dice que: “La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden (...). En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno.”⁷

Entendemos, a partir de la afirmación de que los objetos de las aspiraciones activa y pasiva no son coincidentes, que el objeto de la pulsión de apoderamiento (actividad) es un objeto externo y, el de la meta sexual pasiva, las heces.

El hecho de que Freud en esta etapa se refiera a un objeto ajeno no implica que haya una elección de objeto como objeto de amor. Este objeto ajeno sólo supone un objeto donde la pulsión se satisface.

Así como la pasividad se apoya en el erotismo anal, la

⁷ *Ibid.*, 180.

pulsión de apoderamiento, que en su origen es una pulsión no sexual, al entrar al servicio de la sexualidad recibe el nombre de sadismo.

Freud, en el historial del hombre de los lobos (“De la historia de una neurosis infantil”. 1918/1914), explica que éste, cumplidos ya los tres años, en virtud de una amenaza de castración por parte de su ñaña regresa a una fase anterior de la organización pregenital con características sádico-anales, donde obtenía satisfacción atormentando a animales pequeños. Y agrega: “Eran, pues, unos quehaceres enteramente activos, sádicos...”⁸. En esto se puede observar cómo, en el juego de niños, los animales pueden entrar como un elemento más en la satisfacción pulsional.

Fase Fálica

En 1923, Freud introduce en la organización pregenital infantil una tercera etapa como sucesora de la sádico-anal, a la cual en un primer momento le dio el nombre de fase genital para luego sustituir esta denominación por otra más acorde: “*fase fálica*”. Esta modificación se fundamenta en el hecho de que: “El carácter principal de esta organización genital infantil (...) reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.”⁹ Este hecho propio de la infancia es el que instaura la diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto.

⁸ “De la historia de una neurosis infantil”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 25.

⁹ “La organización genital infantil”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 146.

El primado fálico se halla expresado en la primera de las teorías sexuales infantiles, donde los niños consideran que todos los seres vivientes son poseedores del órgano sexual masculino. A su vez, en esta etapa de la organización genital infantil, se consuma una elección de objeto (hacia el cual se dirigen las aspiraciones sexuales) y se establece una unificación (aunque no completa) de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales. La subordinación completa de las pulsiones parciales al servicio de la reproducción se consumaría, según Freud, recién transcurrida la pubertad.

En el desarrollo de esta primera serie pulsional hemos llegado al punto evolutivo clave de la teoría freudiana, la fase fálica. Fase en la cual las pulsiones, que en un inicio eran exclusivamente autoeróticas, se hallan ya unificadas y dirigidas hacia uno de los progenitores, lo cual posibilita hablar en términos de complejo de Edipo.

La secuencia del desarrollo libidinal se continúa en el período de latencia, al que luego le sucede lo que Freud en *Tres ensayos* llamó: “la metamorfosis de la pubertad”. En este texto el autor dedica toda la tercera parte al desarrollo de este tema. Para Freud es en la pubertad donde se da una única meta sexual tras la cual todas las zonas erógenas se subordinan al primado de los genitales y, en virtud de la cual, se persigue la satisfacción pulsional a través de un objeto sexual externo al propio cuerpo.

Pero, para Freud, es en el momento correspondiente al complejo de Edipo donde “desde el lado psíquico se consuma el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia”¹⁰.

¹⁰ *Tres ensayos de teoría sexual, Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.202.

A su vez los desarrollos posteriores, como: “La organización genital infantil” (1923), “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos” (1925), nos llevan a pensar que el momento decisivo para la elección de objeto es la fase fálica.

Entonces, ¿qué quiere decir Freud al afirmar que la elección de objeto definitiva se da en la pubertad? Creemos que con “definitiva” marca la posibilidad de realizar una elección de objeto fuera de la familia, tras el sepultamiento del complejo de Edipo. Luego de “superar” el peligro del incesto, puede establecerse definitivamente la búsqueda de un objeto, el cual será elegido según aquella etapa infantil, primordial, decisiva.

Por lo tanto, es en la etapa fálica donde el niño elige a la madre como objeto a través del cual la pulsión pretende alcanzar la satisfacción y, a su vez, es esta madre la que se erige como objeto de amor del niño. Todo esto nos permite arribar a una primera inferencia: es en la etapa fálica donde las dos series pulsionales se articulan gracias a la presencia del complejo de castración en este momento evolutivo.

III. Segunda serie pulsional

Dijimos que es en la etapa fálica donde convergen las dos series pulsionales, pero ¿cuál es la evolución que sigue esta segunda serie?

Sabemos que la segunda serie pulsional está marcada por los siguientes pasos sucesivos: autoerotismo, narcisismo y elección de objeto. De acuerdo a nuestra hipótesis de trabajo buscamos localizar en los textos de Freud a esta serie una vez hallada la primera y, en efecto, encontramos

que es posible leerla en la obra freudiana.

Autoerotismo

Así vemos que Freud dice, en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), que la principal característica de la sexualidad infantil es su cualidad de autoerótica. Este tipo de práctica sexual no se dirige hacia un objeto externo sino que se satisface en el cuerpo propio. Éstas son las particularidades del primer momento de la segunda serie pulsional que, en virtud de ello, recibe el nombre de *autoerotismo*.

Éste es un momento donde las dos series coinciden en su búsqueda, cuyo fin es renovar una experiencia de satisfacción anteriormente vivida y ahora recordada (primera vivencia de satisfacción).

Por lo tanto, lo que está en juego es un objeto parcial que nace como subrogado para la satisfacción de la pulsión a partir de una pérdida primaria.

Narcisismo

En 1910, Freud habla por primera vez del narcisismo en la segunda edición de *Tres ensayos...* Por otra parte, en “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descripto autobiográficamente”, escrito el mismo año, llama la atención sobre: “...un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el cual se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto.”¹¹ A este estadio le da el nombre de *narci-*

¹¹ “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descripto autobiográficamente”, *obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.56.

sismo. Aquí explica a este último como un momento en el cual se produce una síntesis de las pulsiones sexuales autoeróticas en una unidad, en virtud de lo cual el sujeto se toma a sí mismo, o a su cuerpo propio, como objeto de amor; esto se consuma antes de pasar al momento de elección de objeto que implica una persona ajena.

Podemos decir que *a partir de este momento surge en esta serie el objeto de amor como diferenciado del objeto de la satisfacción pulsional*.

En el texto *Tótem y tabú* (escrito en 1912, editado en 1913) Freud, al hablar del yo investido como objeto de amor, aclara que esta organización narcisística nunca se resigna del todo, aunque el sujeto haya hallado un objeto externo para su libido.

En 1914, en “Introducción al narcisismo”, Freud profundizará y determinará definitivamente este tema: “...es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.”¹² En este yo primordial es donde Freud localiza una: “originaria investidura libidinal (...) cedida después a los objetos, empero considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite.”¹³

¹² “Introducción al narcisismo”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 74. En relación a este nuevo acto psíquico Lacan conceptualizará el estadio del espejo, momento fundamental para la constitución del sujeto y clave en la elección de objeto, pero que para ajustarnos a los objetivos de nuestro trabajo no desarrollaremos aquí.

¹³ *Ibíd.*, p.73.

Esta idea de la ameba puede hacer referencia a lo que en *Tótem y tabú* Freud dice acerca de la organización narcisística: que nunca es resignada completamente, aún hallado un objeto de amor externo.

Esta es una conceptualización que Freud sostendrá a través del desarrollo de su obra. En *Mas allá del principio de placer* (1920), vuelve a hacer referencia al yo como “*reservorio genuino y originario de la libido*”, la que sólo desde allí es extendida hacia los objetos. En virtud de esto agrega que la libido recibe el nombre de narcisista cuando permanece dentro del yo.

Entonces, a partir de la constitución del yo, la libido encuentra un *objeto total*, el sujeto se elige a sí mismo como objeto de amor; nace el objeto de amor diferenciado del de la pulsión. En razón de esto podemos decir que el primer objeto de amor a través del cual la pulsión alcanza su satisfacción es el yo. Diana Rabinovich, en su libro *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, dice que el narcisismo, de esta manera, se considera como una forma de elección de objeto intermedia, a la que Freud califica de homosexual; diferente de la elección de objeto heterosexual en la cual culmina esta segunda serie pulsional. El hecho de que la denomine como heterosexual se debe a que el objeto de amor es para el niño la madre y para la niña el padre.

Luego, en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), Freud dice que el yo se encuentra originariamente investido por pulsiones, en parte es capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. “Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción”.¹⁴

¹⁴ “Pulsiones y destinos de la pulsión”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p.129.

En función de lo escrito sobre el narcisismo, entendemos que para que se constituya un objeto externo como objeto de amor, es necesario en primer lugar la constitución del yo, por esto es que Freud plantea al narcisismo como momento previo a la elección de objeto.

Establecido esto, en “Introducción al narcisismo”, Freud se pregunta: “¿En razón de que se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos?”¹⁵ A esta pregunta Freud la contestará basándose en el principio de constancia. Dirá que, cuando la investidura de la libido en el yo ha excedido cierta medida, para no enfermar el sujeto debe empezar a amar, esto significa, ceder libido al exterior e invertir así objetos ajenos a él mismo.

Elección de objeto

Freud en una nota a pie de página, agregada en 1910, al texto de *Tres ensayos...*, escribe: “Nos enteramos de que niños de tres a cinco años de edad son capaces de una muy clara elección de objeto, acompañada por fuertes afectos.”¹⁶

Llegado este momento, de *elección de objeto*, el otro aparece como sexuado, en tanto persona, explica D. Rabinovich, lo que permite diferenciar el lugar que ocupa el objeto en la serie pulsional, en la cual se toma al otro sólo como apoyo, lo que se expresa en el concepto de pulsión parcial: ésta nace apuntalándose en la necesidad. La misma autora señala que es importante tener en cuenta que

¹⁵ “Introducción al narcisismo”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 82.

¹⁶ *Tres ensayos...*, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 176.

cuando Freud habla de objeto pulsional, utiliza los términos de fijación y de contingencia, pero no utiliza para éste el término elección.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, puede leerse: “La elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas, la primera se inicia entre los dos y los cinco años y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales; la segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual.”¹⁷

Freud continúa diciendo que los resultados de la elección infantil de objeto se extienden hasta una época tardía; estos pueden conservarse de la misma manera o experimentar una renovación en la pubertad.

El hecho de que las consecuencias de la elección infantil sean inaplicables se debe al fenómeno de la represión que se sitúa entre dos tiempos mencionados. En virtud de ésta, las metas sexuales se ven sometidas a un atemperamiento del que resulta la corriente tierna de la vida sexual.

Luego, en la pubertad, la elección de objeto debe implicar una renuncia a los objetos infantiles y comenzar nuevamente como corriente sensual pero, esta vez, fuera del ámbito familiar. Freud dice que el hecho de que estas dos corrientes no puedan confluir en un objeto, impide muchas veces que se alcance uno de los ideales de la vida sexual.

Por otra parte, en “Introducción al narcisismo” menciona dos tipos de elección de objeto: el tipo por apuntalamiento o anaclítico, y el tipo narcisista.

El primero recibe el nombre “por apuntalamiento” debido a que las pulsiones sexuales se apuntalan en la satis-

¹⁷ *Ibíd.*, p. 181.

facción de las pulsiones yoicas. Y si bien luego se independizan de éstas, éste apuntalamiento sigue expresándose en el hecho de que, quienes devienen los primeros objetos sexuales del niño, son aquellas personas que han estado encargadas de su nutrición, cuidado y protección.

El tipo de elección narcisista implica que el objeto de amor se elige según el modelo de la propia persona y no según el modelo de la persona encargada de la nutrición y los cuidados. Freud dice que son aquellos que se buscan a sí mismos como objetos de amor.

Si bien establece esta distinción entre los dos tipos de elección de objeto aclara que: “todo ser humano tiene abiertos ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios, él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que eventualmente puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto”.¹⁸

Luego Freud realiza una distinción en lo que refiere a estos dos tipos, en ella expresa que según el tipo de elección narcisista se puede amar:

- a lo que uno mismo es (a sí mismo)
- a lo que uno mismo fue
- a lo que uno querría ser
- a la persona que fue parte del sí mismo propio

y según el tipo de apuntalamiento se puede amar:

- a la mujer nutricia
- al padre protector

¹⁸ “Introducción al narcisismo”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 85.

Luego agrega, a las personas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos.

Diana Rabinovich especifica acerca de este tema lo siguiente: “Así como la pulsión parcial se articula en torno a un objeto instrumental, que se despliega entre la variabilidad y la fijación, la elección de objeto de amor se despliega entre la elección narcisista y la elección anaclítica. No es casual, empero, que Freud sólo utilice el término de elección en el caso del objeto de esta serie, que define al objeto de amor.”¹⁹

IV. La articulación de las series pulsionales

En cuanto a la articulación, podemos leer, en otros autores, que es el complejo de castración el que articula las dos series pulsionales entre sí, y a su vez dichas series con el complejo de Edipo. Nosotros, como ya hemos planteado en la hipótesis de este trabajo, buscamos en los textos de Freud esta posible articulación.

Complejo de Castración, represión y angustia. Claves de la articulación

En el texto “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) Freud en relación a las pulsiones sexuales va a volver a hacer hincapié en los siguientes aspectos: “Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira

¹⁹ *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, Manantial., Bs. As., 1993, p. .25.

cada una de ellas es el logro de placer de órgano; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales.”²⁰

Es a esta *síntesis de las pulsiones parciales al servicio de la reproducción* a la que se llega a través de los sucesivos estadios que forman parte de la primera serie pulsional (lo cual hemos desarrollado en el apartado I).

Luego, en el mismo texto, Freud escribe acerca de la génesis del *amor*, lo cual entendemos tiene relación con el desarrollo de la segunda serie pulsional. En cuanto a esto, dice que es de la capacidad del yo para satisfacer autoeróticamente una parte de sus pulsiones, de donde proviene el amor. *Este amor en un primer momento es narcisista, solo luego pasa a los objetos externos en tanto aparecen para el sujeto como fuente de placer.* Luego se enlaza con el quehacer de las pulsiones sexuales y, una vez que se cumple la síntesis de éstas, el amor pasa a coincidir con la aspiración sexual total. De esta manera las etapas previas del amar (incorporar o devorar y apoderamiento)²¹ surgen como metas sexuales provisionales en el curso del desarrollo de las pulsiones sexuales.

Entonces, si el amor se enlaza con las pulsiones sexuales luego de que se cumple la síntesis de éstas, y entendemos que en la etapa fálica es donde esta síntesis tiene lugar de una forma más o menos acabada, emergiendo como

²⁰ “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 121.

²¹ Formas preliminares del amor porque la fuente del amor que en primera instancia es narcisista, a través de su alianza con las pulsiones parciales sexuales alcanza el placer de órgano. Esto lleva a pensar que las dos series no siguen un curso paralelo en su desarrollo hasta que se encuentran, sino que se entraman de diferentes formas durante su evolución.

zona erógena rectora los genitales, podemos pensar que es en esta etapa donde ambas series se encuentran y se articulan por medio del *complejo de castración*.

Decíamos que Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* explica que la elección de objeto se da en dos oleadas, luego de la primera oleada, en la cual se consuma la elección de objeto, sobreviene la *represión*. En “Inhibición, síntoma y angustia”, escrito en 1925 y editado en 1926, Freud dirá que “la actitud angustiada del yo es siempre lo primario, y es la impulsión para la represión.”²² En el mismo texto indica que los primeros estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del super-yo. Sabemos que para Freud el super-yo se constituye como producto de la represión del complejo de Edipo. Entonces, si pensamos en una angustia primordial, pensamos en la angustia de castración. Freud dice: “...el motor de la represión es la angustia frente a la castración...”²³

Si bien Freud reconoce que antes de la fase fálica hay situaciones de pérdidas, por ejemplo el nacimiento, éste no es vivenciado subjetivamente como una separación de la madre, ya que el feto es enteramente narcisista (en el sentido de que hasta ese momento no ha sufrido privaciones), por lo tanto no considera a la madre como objeto. Pero esta pérdida, condición de angustia, persiste y se resignifica en la angustia de castración que sobreviene en la fase fálica, es una angustia de separación y está ligada a idéntica condición. Más adelante, en el mismo texto, dirá que la privación del pene (revestido en esa fase con una alta estima narcisista) equivale a una nueva separación de la madre.

²² “Inhibición, síntoma y angustia”, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 104.

²³ *Ibíd.*, p. 103.

Es en “Introducción al narcisismo” (1914) donde Freud expresa que la perturbación a la que está expuesto el narcisismo originario es el complejo de castración; angustia por el pene en el varón y envidia del pene en la mujer.

Es decir que en la etapa fálica, ambas series se encuentran y a su vez se consuma una elección de objeto. Pero en este objeto la pulsión no puede satisfacerse debido al incompleto desarrollo de los genitales y a la prohibición del incesto. Este momento de la elección de objeto está sujeto al complejo de castración, por el cual se produce la represión. Este mecanismo será el posibilitador de que en la pubertad pueda realizarse una elección de objeto fuera del ámbito familiar en la cual pueda alcanzarse la satisfacción pulsional.

El objeto como producto de la articulación de las series

Diana Rabinovich distingue tres perspectivas del objeto que son posibles de diferenciar en la lectura de los textos de Freud. De esta manera encontramos el “*objeto del deseo*”, objeto perdido de la experiencia de satisfacción alucinatoria que se encuentra en el inicio de las dos series y que, a su vez, permite el surgimiento de los otros dos. Por otra parte tenemos el “*objeto de la pulsión*”, objeto parcial ligado al autoerotismo y que está implicado en la primera serie pulsional, la serie del desarrollo libidinal o serie del objeto pulsional. Este objeto es aquel a través del cual la pulsión alcanza la satisfacción, y que a su vez no se encuentra ligado a ella. Por eso Freud dice que el objeto es lo más variable de la pulsión. Por último, el “*objeto de amor*”, objeto total al cual se accede a través de la segunda

serie pulsional, la de la elección de objeto. Luego, esta autora, agrega que “el objeto de la pulsión y el del amor son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo”.²⁴

Teniendo en cuenta esto, concebimos que *la articulación de las dos series consiste en la confluencia del objeto de la pulsión con el objeto de amor*, si bien no hay una fusión de ambos objetos ya que la totalización del amor y el carácter parcial de la satisfacción pulsional son incompatibles. Al hecho de que sea el complejo de castración el que posibilita dicha articulación, lo entendemos teniendo en cuenta de que es gracias a éste, y luego de la represión, que en la pubertad la pulsión puede alcanzar su satisfacción en un objeto de amor. Es en esto donde encontramos la confluencia del objeto de la pulsión y el objeto de amor. Que esta confluencia no se haya podido concretar antes de la pubertad está fundamentada en que, durante el Edipo, el objeto que cae bajo la elección libidinal pertenece al ámbito familiar, y es la prohibición del incesto la que impide que en éste se alcance la satisfacción pulsional. Por otra parte, en este momento del desarrollo infantil, los genitales no se hallan lo suficientemente desarrollados como para que se concrete el acto sexual, lo cual también imposibilita que la pulsión se satisfaga en un objeto de amor. Diana Rabinovich dice que: “El carácter bifásico de la sexualidad plantea, más allá de los cambios físicos de la pubertad, el problema de la elección de objeto definitiva y su relación con el objeto de las pulsiones parciales, problema que remite a lo que Freud denomina la ‘sexualidad adulta normal’.”²⁵

²⁴ Rabinovich, D. *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, Manantial, Bs. As., 1993, p. 23.

²⁵ *Ibíd.*, 21.

V. Las dos series pulsionales. Implicancias clínicas

Resulta interesante luego de este recorrido volver a un texto de Freud de 1912, puesto que en él se pueden leer las consecuencias clínicas de su descubrimiento aunque aún no lo tuviese conceptualizado.

Corriente tierna y sensual

En su escrito “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” muestra con precisión la diferencia entre ambas series pulsionales, aplicándola a la divergencia del objeto pulsional y del objeto de amor a partir de la investigación de la impotencia, que él llama psíquica, dejando claro su etiología. Freud dirá que la causa de esta afección será “una inhibición en la historia del desarrollo de la libido hasta su plasmación definitiva y merecedora de llamarse normal. En este caso no confluyen una en la otra dos corrientes cuya reunión es lo único que asegura una conducta plenamente normal; dos corrientes que podemos distinguir entre ellas como la tierna y la sensual”²⁶. Notemos la fuerza que emplea Freud en este párrafo, nombrando, a la confluencia de las dos series, la “plasmación definitiva y merecedora de llamarse normal”. Es a esto a lo que hace referencia Diana Rabinovich cuando marca que es al carácter bifásico de la sexualidad a dónde remitirá Freud para pensar la “sexualidad adulta normal”.

¿Cómo definirá Freud a estas corrientes en 1912? Dirá que la *corriente tierna* es la más antigua, proviene de la primera infancia y se forma sobre la base de la pulsión de

²⁶ “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, *Obras Completas*, p.149.

autoconservación, dirigiéndose a los encargados de la crianza. “Corresponde a la elección infantil primaria de objeto. De ella inferimos que las pulsiones sexuales hallan sus primeros objetos apuntalándose en las estimaciones de las pulsiones yoicas, del mismo modo como las primeras satisfacciones sexuales se experimentan apuntaladas en las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida.”²⁷

Freud dirá que la *corriente sensual* caracterizada por las pulsiones sexuales que la constituyen y que procuran su satisfacción, se añade a la tierna en la pubertad. Pero agrega: “Al parecer nunca deja de transitar por aquellos tempranos caminos y de investir, ahora con montos libidinales más intensos, los objetos de la elección infantil primaria. Pero como tropieza ahí con los obstáculos de la barrera del incesto, levantada entre tanto, exteriorizará el afán de hallar lo más pronto posible el paso desde esos objetos, inapropiados en la realidad, hacia otros objetos, ajenos, con los que puedan cumplirse una real vida sexual.”²⁸

Queda claro así que en 1912, sin tener conceptualizada la noción de narcisismo ni el complejo de Edipo, Freud ya tiene entendido que es luego de la represión, en el complejo de castración, donde las dos series se encuentran y posibilitan la elección de objeto, que se producirá siempre respondiendo al arquetipo de los primeros. “El varón dejará a su padre y a su madre -según el precepto bíblico- y se allegará a su mujer; así quedan conjugadas ternura y sensualidad.”²⁹

²⁷ *Ibíd.*, p. 174.

²⁸ *Ibíd.*, p.175.

²⁹ *Ibíd.*, p.175.

Implicancias Clínicas

Que el psicoanálisis parte y culmina en la clínica es un hecho innegable, en el artículo mencionado anteriormente Freud nos habla de las series pulsionales pero no sin relación a la clínica.

Es a partir de los casos de impotencia, que Freud trata en algunos pacientes hombres, que va investigando cómo la dificultad de la erección se producía porque la corriente tierna ha quedado fijada al objeto primario que fue prohibido. A causa de ello, la corriente sensual solo puede satisfacerse con un objeto que no recuerde en nada al objeto de amor. La impotencia aparece si, de este objeto, se desprende algo que pueda llevar a la aparición de lo reprimido, entonces, la impotencia actúa como defensa ante la angustia de no respetar la prohibición, ante la amenaza de castración. Así Freud concluye que: “La vida amorosa de este tipo de seres permanece escindida en las dos orientaciones que el arte ha personificado como amor celestial y terreno (o animal). Cuando aman no anhelan, y cuando anhelan no pueden amar, a fin de poder mantener alejada su sensualidad de los objetos amados; y luego, si un rasgo a menudo nimio del objeto elegido para evitar el incesto recuerda al objeto que debía evitarse, sobreviene, (...) esa extraña denegación que es la impotencia psíquica.”³⁰ De esto Freud entenderá la necesidad de algunos hombres de degradar al objeto, justamente para alejarlo de la sobrestimación que reserva para volcar sobre el objeto de amor, que es un subrogado del objeto incestuoso.

Ampliando la idea Freud buscará respuestas a un fenómeno bastante común en la Viena de principios de siglo.

³⁰ *Ibíd.*, pp. 176-177.

“La corriente tierna y la sensual se encuentran fusionadas entre sí en las menos de las personas cultas; casi siempre el hombre se siente limitado en su quehacer sexual por el respeto a la mujer y solo desarrolla su potencia plena cuando está frente a un objeto sexual degradado, lo que de nuevo tiene por fundamento, entre otros, la circunstancia de que en sus metas sexuales entran componentes perversos que no osa satisfacer en la mujer respetada. Sólo le es deparado un pleno goce sexual si puede entregarse a la satisfacción sin miramientos, cosa que no se atreve a hacer con su educada esposa.”³¹

En un cuento de Anton Chéjov, escritor que se empeñó en mostrar la decadencia de la sociedad europea de principios de siglo, vemos claramente cómo funciona la escisión que explica Freud.

En “La Corista”, Chéjov presenta a la esposa de un hombre que se encuentra en la ruina y que, desesperada por salvar su posición, decide acudir a la casa de la amante de su esposo a pedirle que le devuelva las joyas que éste seguramente le había regalado. Llorando le suplica que se las dé para venderlas y comprar comida para sus hijos, la amante le responde que su esposo nunca le había regalado nada. Ante la insistencia de la mujer que amenaza con ponerse de rodillas para que le dé las joyas, la amante decide entregarle sus propias joyas, que no las había recibido del esposo de quien se las pedía. Cuando la mujer recibe las joyas y se va, del cuarto contiguo sale el hombre en cuestión que había escuchado la discusión:

-¿Qué joyas me ha traído usted? –se arrojó sobre él
Pasha - ¿Cuándo fue eso?, dígame.

³¹ *Ibíd.*, p.179.

-Joyas... ¡qué importancia tienen las joyas! –dijo Kolkpakov, y sacudió la cabeza- ¡Dios mío! Ha llorado delante de ti, se ha humillado...

-¡Le pregunto que cuándo me ha traído usted joyas!

-gritó Pasha.

-Dios mío, ella tan decente, orgullosa, pura... y hasta quería ponerse de rodillas ante... ante esta mujerzuela.

Hasta aquí hemos tratado de mostrar cómo en la obra freudiana, si bien ambas series no se encuentran conceptualizadas como las conocemos ahora, se encuentran claramente delimitadas; cómo Freud trabaja con ellas teóricamente. Se sirve de ellas para explicar el devenir de la elección de objeto y las aplica en la clínica,

Es justamente en la confluencia de ambas series donde Freud cifrará la “*normalidad*” de la elección de objeto. Lacan abrirá la cuestión al retomar esta dualidad con la idea de “la madre y la puta” mostrando que, en esa disociación de la vida amorosa están comprometidas cuestiones estructurales básicas, cuestiones que tal vez el mismo Freud ya tenía claras a pesar de su educación victoriana, tal vez por ello decidió llamar a esa “degradación de la vida amorosa”, la “*más generalizada*”...

El goce: demonio del más allá

Aris Yosifides, Leticia De Bortoli

*Hay en las personas un destino que las persigue...
una influencia demoníaca que rige su vida.*

Freud

El concepto del goce es crucial en psicoanálisis. Con su conceptualización el psicoanálisis marca su diferencia con las otras líneas de pensamiento tanto a nivel de la teoría como a nivel de la práctica o tratamiento. El descubrimiento de que no siempre el sujeto persigue su bienestar, o que puede estar bien en el mal, o sentir placer en el displacer, rompe con la idea obvia de que el hombre busca su bien y allí encuentra la felicidad. Incluso el acercamiento de Freud a este concepto va poniendo en jaque sus propias elaboraciones teóricas. Introduce la idea de que el psiquismo no funciona de manera tan sencilla, no está regulado solo por el principio del placer. Implica una paradoja del sujeto en tanto éste apuntaría a preservar el placer y huir del sufrimiento.

¿Cómo entender sino el acto de la anoréxica de no comer hasta la muerte? ¿O a las mujeres que soportan los golpes del marido durante treinta años? ¿O las personas que siempre están enfermas?...

El goce en Freud

Aunque Freud no conceptualizó el término, lo rodeó en muchos de sus escritos y fue dejando indicios que permitieron después llegar a él. Podemos ver algunos ejem-

plos de sus pre-elaboraciones acerca del goce en los siguientes escritos: el “Caso Elizabeth von R.”; “El hombre de las ratas”; *Más allá del principio del placer*; “El problema económico del masoquismo”.

En el “Caso Elisabeth von R.”, de 1895, cuando relata los dolores que esta paciente tenía en las piernas, Freud percibe que al pellizcar u oprimir la zona del dolor, su rostro cobraba una rara expresión, que se parecía más al placer que al dolor: “...lanzaba unos chillidos, su rostro enrojecía, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos, su tronco se arqueaba hacia atrás...”¹. Toda la reacción que describe de la paciente revela que su dolor en las piernas era también una fuente de placer, por ello la denomina zona histerógena. Éste es un primer indicio que permite unir dolor y placer, sufrimiento y sexualidad. Freud vislumbraba que el síntoma histérico que ocasionaba displacer incluía también un placer erógeno, la libido estaba concentrada en esta zona, lo que lo hacía pensar que los síntomas eran la práctica sexual de los enfermos.

En “El hombre de las ratas”, de 1909, se trata de un caso de neurosis obsesiva en que el paciente le relata a Freud que, estando de maniobras militares, un capitán le cuenta que ha leído sobre un castigo terrorífico aplicado en Oriente, en el cual el condenado es atado y sobre su trasero se le pone un tarro con ratas que penetran en su ano. Dice Freud: “En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como *horror ante*

¹ Freud, Sigmund. *Estudios sobre la histeria*. Cáp. II. Historiales clínicos. Señorita Elisabeth von R. 1895, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 153.

su placer ignorado por él mismo.”². Esta experiencia que marca al sujeto, lo enfrenta ante su placer en el sufrimiento, en el tormento. De nuevo Freud se encuentra con otro indicio donde podemos ver el nexo entre sufrimiento y placer, y su relación más cercana con el masoquismo.

En *Más allá del principio del placer*, de 1920, su teoría de que el sujeto está regido por el principio del placer se pone en jaque. Freud había adoptado sin reservas el supuesto de que los procesos anímicos eran regulados por el principio de placer. La hipótesis era que el psiquismo trata de mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación; si ésta se incrementa se siente como displacentera.³ Pero, en su práctica clínica, observa ciertas conductas como los sueños traumáticos que reconducen al paciente, una y otra vez, a la vivencia traumática; el juego del “fort-da” donde el niño repite una y otra vez la vivencia displacentera de la ausencia de la madre. Éstas, entre otras observaciones, dan cuenta de una compulsión de repetición como fenómeno clínico, a la cual le atribuye las características de una pulsión. Freud observa que los neuróticos repiten en la transferencia todas las ocasiones indeseadas y las situaciones afectivas dolorosas. Pero, estos fenómenos pueden encontrarse también en la vida de las personas no neuróticas, donde parece que un destino las persiguiera, que un sesgo demoníaco dominara su vivenciar. Freud llama “demoníaca” a esta tendencia extraña en el sujeto de obstinarse en buscar su mal. Hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo,

² Freud, Sigmund. “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” 1909, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, pp. 132-133.

³ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*. 1920, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, pp. 8-9.

amantes cuya relación recorre las mismas fases y desemboca en idéntico final, como un eterno retorno de lo igual. Ya no puede seguir sosteniendo que el aparato psíquico está regido sólo por el principio de placer, sino que hay algo que está más allá de éste... y tiene suficiente poder como para doblarlo.

Con anterioridad a “El problema económico del masoquismo”, de 1924, Freud había definido el masoquismo como el placer por el dolor, la crueldad y por cualquier clase de humillación o sometimiento. En “El problema económico del masoquismo”, Freud admite que ya no puede otorgarle al principio del placer el título de guardián de la vida. Ya no puede sostener que el yo intenta preservar el placer y huir del sufrimiento, el masoquismo plantea el enigma del placer en el displacer. Dice Freud: “ni aún la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa.”⁴ Relaciona al masoquismo primariamente con la pulsión de muerte que permanece en el interior del organismo y toma como objeto el propio ser. Posteriormente lo relaciona con el Superyó que tiene a su cargo la función de conciencia moral, y que al juzgar al yo, si éste no está a la altura de su ideal, produce un sentimiento de culpa que deviene en necesidad de castigo. Es la vertiente tiránica (inconsciente) del Superyó que se expresa como una hipermoralidad, la que lanza al sujeto el imperativo: ¡goza! Esta necesidad de castigarse puede llevar al sujeto a intentar siempre su fracaso, a someterse a prácticas auto-destructivas, a querer permanecer siempre enfermo, a extraños empeoramientos en momentos de mejoría en la cura

⁴ Freud, Sigmund. “El problema económico del masoquismo”. 1924, *Obras Completas*, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 176.

(reacción terapéutica negativa).⁵

Se puede ver cómo, sin nombrarlo, Freud va delineando un complejo concepto que más tarde Lacan llamará goce. Lacan no creó este término de la nada, es un concepto que tiene sus fundamentos en la obra de Freud. Podemos pensar tres palabras freudianas que convergen en el concepto de goce y justifican que Lacan haya aportado un sólo término en lugar de tres: la satisfacción pulsional, la libido y el placer.⁶

La satisfacción pulsional implica algo que se obtiene, un punto de llegada. Se refiere a la satisfacción de la pulsión, y en el goce es la satisfacción de la pulsión de muerte lo que está en juego. La libido se refiere a la energía sexual, es un concepto cuantitativo: aumenta, disminuye, se fija, se desplaza. Circula entre los objetos. El placer se refiere al principio de regulación del funcionamiento mental que tiene la finalidad de evitar el displacer y procurar el placer. El placer se liga de inmediato a la existencia de su opuesto, el displacer.

Cada uno de estos términos es utilizado de manera distinta por Freud, pero también se pueden observar momentos donde se anudan y convergen. Cuando elabora el masoquismo primordial, la reacción terapéutica negativa, la resistencia del síntoma, le es necesario pensar que hay una satisfacción en el displacer. Hay algo de la pulsión que se satisface en el estar enfermo, en el estar mal, en el dolor. Es posible que el sujeto concentre su energía, su libido, en este displacer del cual obtiene un plus de satisfacción.

⁵ Musicante, Rubén. “El superyó en la obra freudiana”, *Intervención en crisis, ¿enquadre o dispositivo analítico?*, Serie Comentarios psicoanalíticos, vol. 2, Ed. Brujas, Córdoba, 2005, pp. 95-116.

⁶ Miller, Jacques-Alan. “Intervención”, *Estudios de Psicosomática*, 1989.

Considerando los anudamientos que hay entre ellos, estos tres términos podrían representar tres modalidades freudianas del goce.

Deseo y goce

Debemos situar el término goce en relación al término placer para marcar algunas diferencias. Nombrábamos recién el placer como uno de los nombres freudianos del goce, pero Lacan separó el término goce de sus referencias al registro del placer⁷, porque placer en Freud está ligado al principio del placer que se correlaciona con la idea de mantener un nivel mínimo de excitación. Corresponde a querer el bienestar y lo que Freud desenmarañó más tarde fue que uno se puede sentir bien en el mal, que en el fondo existe otra satisfacción que la conseguida por el equilibrio, por la homeostasis. Se trata del más allá del principio de placer que Freud categorizó bajo la pulsión de muerte y engloba fenómenos como los sueños traumáticos, el juego infantil del “fort-da”, el masoquismo, la compulsión de repetición que nos confrontan con la obstinación del sujeto hacia el sufrimiento, con esa obsesión que llamó demoníaca.

Para apresar el concepto del goce puede ser útil plantearlo en una vía diferente a la del deseo. Podemos decir que “el deseo es el deseo del Otro”, en tanto el Otro está implicado desde el principio en su constitución. Pero, no podemos decir que el goce es de entrada del Otro, al menos no es un punto de partida, su punto de partida es el cuerpo. Solo un cuerpo puede o no gozar. El goce puede bastarse por sí solo, por ejemplo en la masturbación, no

⁷ Soler, Colette. “El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan”, *Estudios de Psicología*, 1989.

necesita del Otro, solo del propio cuerpo, es directo e inmediato. No es social, solo más tarde se nos obliga a que pase por el Otro.

Por otro lado las relaciones del goce con el significante son diferentes a las del deseo. El deseo está ligado a la cadena significativa, a sus desplazamientos, por eso es móvil, plástico al significante. El goce no se desliza como el deseo, siempre se trata de lo mismo, siempre vuelve al mismo lugar, por eso su estatuto de real, es lo que no cambia. Las relaciones del goce con el significante son de exclusión. El significante separa el goce del cuerpo y solo se puede tener una idea de él cuando el sujeto habla de él. El deseo es lo que hace de obstáculo al goce a través del lenguaje, el deseo es una defensa contra el goce.

Si hay algo que hace necesaria la introducción del concepto de goce es el síntoma. El goce da cuenta de la satisfacción que el sujeto encuentra en sus síntomas. Freud lo abordó cuando se encontró con la reacción terapéutica negativa, el masoquismo primordial. Quizá este último es el nombre más freudiano del goce.⁸

El ombligo, el núcleo

La primera clínica de Freud estaba referida a hacer conciente lo inconsciente, a intentar que el paciente recordara vivencias displacenteras con el fin de poder reelaborarlas. Para ello debía vencer una serie de resistencias, a la manera de las capas de una cebolla hasta llegar al núcleo patógeno, pero a éste no se lo podía abordar, sólo se lo podía bordear, quedaba un resto, resto que más tarde se hizo

⁸ Miller, Jacques-Alan. "Conferencias porteñas", *Teoría de los goces*, 1981.

escuchar. Se necesitaba de otra clínica para hacerle frente a eso pulsional que las palabras no llegan a nombrar, ni a apresar, pero se podía cercar. Esto no apresable, indomeñable, demoníaco, esta compulsión a repetir situaciones que están fuera de las palabras, fuera de lo que se puede ligar, se acerca a lo que Lacan conceptualizó con el concepto de goce.

Ya en *La interpretación de los sueños*, Freud se refiere a lo que llama el núcleo de nuestro ser, constituido por lo incoercible, lo inaprensible, el ombligo del sueño. Este núcleo es aquello que el sujeto para seguir el camino de su placer debe rodear, contornear, cercar con el significante. Este contorno del núcleo es el único goce al que podemos acceder vía el significante, lo que Lacan llama lo Real, lo que subsiste fuera de la significación, lo que está más allá del principio del placer. Al goce lo relaciona con el ser, de ahí que al final de su enseñanza dirá: “Soy como gozo”.

El goce de Sacher-Masoch

La palabra masoquismo deriva del escritor Sacher-Masoch, quien escribió varios libros en los que narraba historias con un alto contenido masoquista. Uno de los más representativos es *La Venus de las pieles* que ha sido considerado casi autobiográfico. Allí describe la relación sádico-masoquista entre un hombre y una mujer. La obra de arte es tan portadora de síntomas como el cuerpo o el alma. En ese sentido el artista o el escritor pueden ser grandes sintomatólogos. Le hace decir Sacher-Masoch al protagonista del libro:

“Si no puedo gozar la dicha del amor, deseo saborear hasta las heces

sus dolores, sus tormentos; ser maltratado por la mujer que amo. Y cuanto más cruel, tanto mejor. ¿También eso es placer!

Hay para mí en el sufrimiento una atracción extraña, no hay nada capaz de encender tanto en mí pasión como la tiranía, la crueldad y la infidelidad de una hermosa hembra. El sufrir, el soportar tormentos crueles, me ha parecido desde siempre un goce...”⁹

Lacan decía que el goce iba desde la cosquilla hasta la parrilla. Era la época en que bastante gente ‘se encendía’ en el sentido estricto del término. Hoy podríamos decir que el goce va desde la cosquilla hasta al kamikaze. El goce se sitúa desde lo que Lacan llamaba las carantoñas masoquistas hasta los horrores de la guerra.

⁹ Sacher-Masoch, Leopold. *La Venus de las pieles*, Ed. Página 12, Bs. As., 2000, pp. 46, 55-56.

Se imprimió en Editorial Brujas
en el mes de Agosto de 2005
Ciudad de Córdoba, Argentina